
LECTURAS CATOLICAS
DE
SARRIA-BARCELONA
JUNIO
1912
Año XIX N. 216
EL DUQUE
DE MONTGOMERY
Y
BAÑO INESPERADO
LIBRERIA SALESIANA
Apartado 175

Galería Dramática Salesiana

Propios para hombres ó niños

1. **La Casa de la Fortuna.**—Drama en 2 actos, por el Pbro. D Juan Bosco. 2.ª edición. Personajes 7.
2. **Selano.**—Drama en 5 actos, por el Sacerdote Juan Bautista Lemoyne. 2.ª edición. Personajes 8.
3. **Culpa y Perdón.**—Drama alegórico en 4 actos, con prólogo, por el Sacerdote D. Juan Bautista Lemoyne. 3.ª edición. Personajes 14.
4. **Las Pistrinas, ó la última hora del Paganismo en Roma.**—Drama en 5 actos, por el Sacerdote D. Juan Bta. Lemoyne. 2.ª edición. Personajes 10.
5. **Libertad.**—Drama en 5 actos, por el doctor D. Francisco Fenoglio. 2.ª edición. Personajes 17.
6. **Enrique, ó el Hijo generoso.**—Drama en 3 actos. Personajes 14.
7. **Un veneno ó profanación de los días festivos.**—Drama en 4 actos, del Dr. Don F. Fenoglio, Pbro. Salesiano. 2.ª edición. Personajes 7.
8. **Funerales y Danzas.**—Pieza cómica. 2.ª edición. Personajes 7.
9. **Leopoldo, duque de Toscana.**—Drama en 4 actos, de Carlos Federico. Personajes 13.
10. **Don Papirio Tondo, ó sea el Alcaide burlado.**—Comedia en 3 actos. Personajes 9.
11. **Tigranes.**—Drama en 5 actos, con prólogo, extracto de una novela del P. G. Franco. Personajes 12.
12. **La posada de Pratorraso.**—Comedia bufa en 3 actos. Personajes 9.
13. **El hijo, carcelero del padre.**— Drama en 3 actos. Personajes 11.
14. **Los tres gibosos de Egipto.**—Farsa en 2 actos. Personajes 9.
15. **Una noche toledana.**-Juguete cómico. 2.ª edición. Personajes 8.
16. **El Huerfanito de Suiza.**—Drama en 3 actos. Personajes 10.
17. **El fotógrafo en apuros.**—Pieza cómica. Personajes 8.
18. **Los tres valientes.**—Pieza cómica. 2.ª edición. Personajes 7.
19. **Dos horas de reinado de un limpiachimeneas.**—Pieza cómica. 2.ª edición corregida. Personajes 6.
20. **Venida y Adoracion de los Reyes Magos.**—Drama en 4 actos, por un Cooperador Salesiano. Personajes 16.
21. **Los baños de Viarreglo.**—Pieza cómica en 2 cuadros. Personajes 9.
22. **Antoni ó una llissó de moral.**—Comedia en 3 actos castellano-catalana. Personajes 9.
23. **Consultas ridículas.**—Pieza cómica. 2.ª edición. Personajes 9.
24. **Los noventa y nueve duros.**—Pieza cómica. Personajes 4.
25. **Amor de hijo.**—Drama en 5 actos y en verso, por el Dr. Don F. Fenoglio. Personajes 14.
26. **Timidito y Francón.**—Pieza cómica. Personajes 5.
27. **San Lorenzo ó la caridad cristiana.**—Drama en 3 actos. Pers. 7.

EL DUQUE DE MONTGOMERY

DRAMA EN CUATRO ACTOS
Y PRÓLOGO



SARRIA — BARCELONA
ESCUELA PROFESIONAL DE ARTE TIPOGRÁFICO
1912

PERSONAJES

Jaime, *Duque de Montgomery.*
Gabriel de Lorges, *su hijo.*
Enguerrando, *escudero, (luego ermitaño).*
Enrique II de Valois, *rey de Francia.*
Anneo de Montmorency, *Gran Condestable de Francia.*
Mariscal de Matignon.
Falco, *carcelero.*
Ubaldo, *soldado.*

Caballero conjurado Conjurado Paje	*que hablan.*
Soldados Caballeros conjurados	*no hablan.*

La acción pasa el año 1557

PRÓLOGO

Sala gótica del Castillo de Montgomery

ESCENA I

SOLDADO de guardia solo

¡Vaya una vida más triste! Antes, todo se volvía fiestas, justas y torneos y hoy no parece sino que el genio de la tristeza ha venido á sentar sus reales en este castillo. No sé qué le pasará á mi señor, pero ciertamente algo gordo debe ser, pues su habitual alegría y jovialidad se ha convertido en melancolía. Vamos á ver si Enguerrando, el escudero del señor Duque, me sabe decir la razón de tan repentino cambio.

ESCENA II

ENGUERRANDO y dicho

SOLD.—Dios os guarde, Enguerrando.
ENG.—Él te asista, Ubaldo.
SOLD.—Por lo visto los días no son muy buenos,

y si las cosas siguen á este paso, no serán mejores los que nos aguardan.

ENG. - ¿Por qué lo dices?

SOLD.—Eso es lo que quería preguntaros yo.

ENG.—¿A mí?

SOLD.—Sí, á vos. ¿Cuál es la causa de que el castillo de Montgomery, que hasta hoy ha sido el más alegre de la Provenza, casi se ha convertido ahora en un convento?

ENG.—La cosa es natural, como es natural que cuando duele la cabeza, sufran todos los miembros.

SOLD.—Está bien; pero yo quisiera saber por qué el Duque, nuestro Señor, está tan cambiado.

ENG.—Yo sólo te sé decir que alguna cosa de gran importancia lo trae tan preocupado pero no sé nada más.

SOLD.—¿Cómo? ¿Nada os ha dicho á vos que sois su compañero inseparable?

ENG.—Nada absolutamente, desde el día que fué llamado á la Corte y volvió tan apesadumbrado.

SOLD.—¿Tendrá algún enemigo?....

ENG.—No lo creo: los suyos le aman como á un padre, su hijo es un niño inocente, y los otros barones le respetan como al señor más poderoso del reino.

Sold.—Es verdad. Y si á pesar de todo eso, tuviéramos que combatir por él, ya sabéis que estamos prontos á cualquier cosa para disipar la nube de tristeza que aflige á nuestro buen señor.

Eng.—Te creo. El siempre fué padre de sus súbditos, y abomina la ostentación y orgullo de los otros señores.

Sold.—Si no me equivoco, es él mismo el que viene hacia aquí ahora.

Eng.—Sí, déjanos solos.

Sold.—Hasta otro rato *(vase)*.

ESCENA III

El Duque y dicho

Eng.—¿Por qué, señor, os veo tan triste, cuando la naturaleza, despertando de su invernal adormecimiento, parece convidar á la alegría á todos los corazones?

Duq.—Crueles presentimientos que amargan mi ánimo me impiden corresponder con una sonrisa á la de nuestro hermoso cielo de Provenza.

Eng.—Lejos de vos tan lúgubres pensamientos. Harto sembrada de espinas y dolores está la vida del hombre, para que nosotros sigamos

amargándola á cada instante con tristes imaginaciones.

Duq. - Es que todavía no te lo he dicho todo. No es un vago presentimiento de imaginarias desdichas lo que me conturba. Escucha: tú no ignoras como el Vizconde de Montmorency y Diana de Poitiers, me jurararon enemistad, desde el momento en que yo sólo, entre todos los vasallos, me negué á doblar la rodilla ante ellos. Esta fué la causa que me obligó á retirarme á este castillo, desterrándome voluntariamente de la Corte, donde ellos todo lo mandan, envolviendo á Enrique de Valois en mil intrigas y conspirando tal vez contra mí.

Eng.—Sí, pero de entonces acá han pasado muchos años y esos odios se habrán calmado...

Duq.—No, nunca se calma la envidia de un ambicioso ofendido.

Eng.—Pero hasta cuando.....

Duq.—Anoche sentía yo más que nunca todo el peso de mis amarguras: en vano invocaba el sueño, para que viniera á poner término á mis pesares. Finalmente pude dormirme, pero toda la noche estuvo atormentándome un horrible sueño, y apenas brilló el nuevo día salté del lecho, cubierto para mí de agudas espinas.

Eng.—¡Cómo! El Duque de Montgomery presta

fe á los sueños como el más tímido supersticioso.

Duq.—Enguerrando, el cielo muchas veces nos avisa por medio de sueños, y yo no quisiera... *(óyese el sonido de una corneta)* ¿Qué oigo? ¿quién será el importuno que llega á estas horas?

Eng.—Voy á ver *(vase)*.

ESCENA IV

El Duque solo

¿Por qué, Dios mío, se apodera de mí tanto miedo? ¿Por qué mi corazón, siempre impávido en medio de los peligros, y mi brazo que nunca tembló en las batallas, se agitan ahora como cañas azotadas por el viento?.... Oh, Enrique de Valois ¿Así recompensas los servicios de tus más leales vasallos? Pero no, tú no mereces mi indignación; el Vizconde de Montmorency y Diana de Poitiers te han seducido. Ellos son los infames, cuyas tramas quiera Dios veamos pronto descubiertas.

ESCENA V

GABRIEL y dicho

GABR.—¿Por qué estás tan triste, padre? No tienes hoy una sonrisa para tu Gabriel.

DUQ.—¡Pobre hijo mío!

GABR.—¡Tú estás llorando! ¿He cometido alguna falta que te haya disgustado?

DUQ.—No, hijo mío, no. Tú eres mi alegría y mi consuelo y pronto serás el apoyo de la vacilante casa de Montgomery.

GABR.—¿Qué dices, padre?

DUQ.—Poderosos enemigos están tramando contra nosotros...

GABR.—¿Y tus leales no empuñarían gustosos las armas, apenas vieran tremolar la roja águila de Montgomery en los bastiones del castillo? Yo, yo mismo me atrevería á disparar una culebrina ó defender tu vida con una espada.

DUQ.—Alabo tu valor, Gabriel. Esos son sentimientos dignos de los defensores de Tolemaida y Ascalona; pero tú eres demasiado niño y los enemigos de que te hablaba muy poderosos, y me odian sólo porque no me he querido humillar ante ellos y quise desengañar al Rey.

GABR.—¿Y el Rey qué hace? Cuando vino al castillo parecía tan bueno..... habla con él y dile...

DUQ.—¡El Rey! Sí, él debía estarme reconocido, porque yo salvé la vida á su padre cuando en la batalla de Pavía hacía prodigios de valor y se vió rodeado de enemigos. Yo ví un pelotón de italianos arrojarse sobre el Rey, pero me interpuse blandiendo mi espada y logré salvarlo, recibiendo yo una herida que me obligó á retirarme del combate; sino ¡quién sabe si el Rey caía prisionero! El siempre me demostró su agradecimiento, pero ahora ya ha muerto, y su hijo está cegado por las arteras mañas de la duquesa Diana Poitiers y de su amigo el Condestable de Montmorency, y por esto no llegan hasta él mis voces.

GABR.—¿Qué hemos de hacer, pues, para evitar los males que nos amenazan?

ESCENA VI

ENGUERRANDO y dichos

ENG.—El soldado de guardia anuncia que ha llegado el Vizconde de Montmorency, y en nombre del Rey pide entrar en el castillo.

Gabr.—¿Qué? Tu enemigo en nombre del Rey... ¿qué querrá?

Duq.—Calla... no me engañaban, no, mis presentimientos... Dime, Enguerrando ¿no podríamos cerrar las puertas del castillo y negarle la entrada?

Eng.—¿Y para qué, señor? Si Montmorency viene en nombre del Rey, hay que recibirle, sino os acusaría de felonía y os castigarían con la muerte, á no ser que prefiriérais medíros con el ejército del Rey con un puñado de hombres. ¡Pero qué digo! ¿Vos rebelaros, cuando siempre fuísteis el más leal de los súbditos?

Duq.—Tienes razón. ¡Qué cobardes nos hace el temor!

ESCENA VII

Soldado, Vizconde y dichos

Sold.—El Vizconde de Montmorency, Gran Condestable de Francia *(vase)*.

Duq. *(Saluda y el Vizconde le devuelve el saludo.)*—¿En qué puedo serviros, Vizconde de Montmorency?

Vizc.—Dura necesidad me obliga á hacer lo

que, sin la obediencia del Rey, mi Señor, no haría con nadie, y mucho menos con Vos, Duque de Montgomery.

DUQ.—¿Qué quiere de mí el Rey de Francia?

VIZC.—Tomad y leed *(le entrega un pliego)*.

DUQ.—«Nos, Enrique II de Valois, Rey de Fran-
«cia, te ordenamos á tí, Duque Jaime de Mont-
«gomery que sigas al Vizconde de Montmo-
«rency á París, para disculparte ante Nos de
«los cargos de felonía y traición. Tal es nues-
«tra voluntad.» Dios mío, ¿y será verdad? *(Se apoya en Enguerrando llorando)*.

VIZC.—Pobre Duque, ¡os compadezco!

DUQ.—Calla, no me envilezcas con tu compasión, cobarde insultador. Alégrate, regocíjate ahora que tus infernales mañas te dan tan buen resultado, ahora que tu viejo enemigo el Duque de Montgomery, en virtud de tus insinuaciones se ve preso,..

GABR.—¿Padre, tú preso? ¿Y tú eres el infame que me quitas á mi padre? ¡Muere! *(Coge el puñal del cinturón de su padre y se arroja sobre el Vizconde, el cual le detiene y desarma)*.

VIZC.—Yo me río de tus chocheces y de los infantiles insultos de tu hijo, Duque de Montgomery.

Eng.—¿Y te reirás también de la justicia de Dios que tarde ó temprano te alcanzará, y en cuya balanza tienen gran peso las quejas de un anciano y el llanto de un niño?

Vizc.—¿Y tú quién eres, pajarraco de mal agüero?

Eng.—¿Que quién soy? Soy el escudero, el amigo del Duque de Montgomery, y desde hoy seré el Padre de este niño, y más adelante seré tal vez el vengador de tus crímenes.

Vizc.—¡Muy poderoso eres!..

Eng.—Dijo Dios: «Derribé al prepotente de su trono y coloqué en él al oprimido»

Vizc.—Cansado estoy de disputar contigo, Duque, puesto que las buenas maneras de la cortesía no os hacen mella, y persistís en creerme autor de lo que está pasando, cumpliré rigurosamente mi deber: en nombre del Rey daos preso.

ESCENA VIII

Soldados y dichos

Sold.—Eso no, mientras quede uno de nosotros con vida.

Vizc. ¿Cómo, os resistís á las órdenes del Rey de Francia?

Sold.—Señor, nosotros somos setenta lanzas, los campesinos avisados corren al castillo, todo está en orden de batalla. Vizconde de Montmorency, vos quedaréis en rehene hasta que el Rey no declare inocente á nuestro Señor.

Vizc. *(con miedo).*—¿Cómo?.. ¿qué decís?..

Duq.—Tú palideces, Vizconde de Montmorency, tú tiemblas, tú á quien no le conmueven las lágrimas de un niño, ni las palabras de un anciano, apenas oyes ruido de armas tiemblas y te espantas como una mujercilla al sonido de bélicos instrumentos.

Vizc.—(¡Oh rabia!) ¿Y tú te atreves?..

Duq.—Nada temas, Vizconde. Antes de ser duque de Montgomery fuí armado caballero por Francisco I y le juré fidelidad al Rey. Montgomery mantiene sus juramentos.

Vizc.—(Respiro) Así es que...

Duq.—Amigo, yo te lo agradezco á tí y á todos los que se han armado para defenderme, pero diles que prefiero ir con el Vizconde para presentar al Rey mis razones y descargos, por que así lo exige el honor de leal caballero.

Sold.—Es que...

Duq.—Me has entendido, vete *(el soldado vase).* Tal es la respuesta del Duque de Montgomery.

Vizc.—(¡Necio, ahora estas en mis manos!)

DUQ.—Adiós, Gabriel, hijo mío; adiós, Enguerrando; yo marcho con el corazón destrozado, quizá para no volver más.

GABR.—Padre, no vayas, ó deja que yo te acompañe.

DUQ.—No, hijo mío, quédate; yo te lo mando. Enguerrando, á tí te confío esta única prenda de mi cariño: sé para él un padre, y cuando llegue á ser hombre y pueda manejar la espada, dile que se acuerde que su padre fué siempre fiel al Rey, aun á costa de su libertad y acaso también de su vida.

ENG.—¡Ah Señor!

VIZC.—(¡Soberbio, al fin te veo llorar!)

GABR.—¡Padre mío!

DUQ.—Recibe, hijo mío, el último abrazo de tu padre. Adiós. Adiós, Enguerrando, adiós, murallas de mi castillo, adiós tumbas de mis abuelos, adiós para siempre: Adiós.

CAE EL TELÓN

ACTO I

Sala en el palacio del Rey de Francia

ESCENA I

EL REY y EL VIZCONDE DE MONTMORENCY.

REY.—¿Qué es la causa que os mueve á visitar á vuestro Rey después de tan larga ausencia?

VIZC.—No he tenido yo la culpa, Señor, si antes no lo he hecho. Después de la fatal jornada de San Quintín, es este el primer día que me es dado respirar libremente el aire vital de mi amada Francia.

REY.—Vizconde, recordad que no es la primera vez que sois vencido.

VIZC.—¿Cómo, Señor? Tengo yo la culpa acaso de que unos cuantos cobardes hayan vuelto las espaldas al ver al Duque de Saboya, Manuel Filiberto, y que yo, su general, cayera en poder de los Españoles? Que Dios libre á

Vuestra Majestad; pero decidme: ¿qué habríais hecho vos en tal circunstancia? Ejemplos no muy lejanos tenemos. En Pavía vuestro padre...

Rey.—Callad: respetad á vuestro soberano y recordad que Francisco I, mi padre, escribió que todo se había perdido menos el honor; ese honor de las armas francesas que vos, Vizconde de Montmorency, habéis comprometido otras tantas veces, como batallas habéis empeñado.

Vizc.—Majestad, de vuestras palabras colijo que durante mi ausencia de la corte, algún envidioso ha denigrado mi fama. Decidme su nombre, señor, y palabra de caballero, que me tendrá que dar estrecha cuenta de ello.

Rey.—No, Vizconde, nadie ha hecho lo que suponéis. Antes bien, la Duquesa de Poitiers peroró muchas veces en vuestro favor, de suerte que habéis recibido tierras y castillos, y finalmente, el mando del Ejército de Italia. Vuestro poder, Vizconde, no hay porqué disimularlo, es poco inferior al mío; y bien decía mi primo el Duque de Guisa, antes de salir para Calais, que en Francia había dos reyes Enrique de Valois y Anneo de Montmorency.

Vizc.—Sobre Calais, corren también voces harto desconsoladoras: dícese que los ingleses pre-

paran nuevas fuerzas para hacer levantar el sitio, y no sería extraño que dentro de pocos días tuviéramos á S. A. el Duque de Guisa en París.

REY.—¿Lo creéis así?

VIZC.—Sí, Majestad. He tenido noticias por el Mariscal Matignón que viene del campo.

REY.—¿De Matignón está en París? ¿Por qué no se presenta al Rey?

VIZC.—Espera una órden de V. Majestad.

REY.—Id y decidle que el Rey le quiere hablar en seguida.

VIZC. *(Vase).*

ESCENA II

ENRIQUE solo

¡Y yo soy el Rey de Francia, yo Enrique de Valois, y no tengo el poder del Vizconde de Montmorency! Yo odio á este hombre y no sé cómo librarme de él. ¡Es demasiado poderoso, y todo porque yo le hice tal, y si ahora quisiera reducirle á su antiguo estado, vería á Francia incendiada por las discordias civiles, perdería el reino y mis hijos morirían desterrados de la tierra en que debían reinar!..

No, es imposible... Y no obstante de este modo soy un vil instrumento en sus manos, en las de su cómplice Diana de Poitiers, y á veces cometo injusticias y tal vez delitos, cuya culpa y deshonra recaen sobre mí, mientras ellos sacan de mis errores todo el partido que quieren. ¿Y qué dirá Francia de esta nueva derrota? ¿qué dirán tantos ilustres vasallos obligados á obedecer á un hombre soberbio y sin pericia? ¿qué dirá el Duque de Guisa, mi primo?—Y ¿Calais? ¿Será verdad lo que me acaba de decir Montmorency? ¡Dios de la Francia, cuántas desdichas!

ESCENA III

Un Paje y dicho, luego Gabriel

Paje.—El Capitán de las Guardias Escocesas de vuestra Majestad, pide ser recibido á la presencia del Rey.

Rey. *(Agitado)*.—¡Lorges! (Sin duda me trae un mensaje del Duque de Guisa). Hazle entrar al punto *(vase el Paje)*. ¡Dios de la Francia, salva al reino y á mis hijos, y si para aplacar tu ira necesitas una víctima, heme aquí, Señor, pero salva á mi reino.

PAJE.—Gabriel de Lorges, Duque de Montgomery *(Vase.— Gabriel entra y se inclina).*

REY.—¡Ah! ¡eres tú, valiente Lorges! Habla, dame noticias del campamento de Calais, de mi primo de Guisa: cómo van las cosas, sácame de angustias; ves que estoy sobre las brasas.

GABR.—Vuestra Majestad podrá ver en este mensaje las noticias del campamento y también los motivos porque no puedo añadir palabra á lo que dice S. A. el señor Duque, *(entrega un pliego)*

REY. *(Lee).*—«Mi señor y querido primo.— Os comunico por la presente que hoy hemos tomado á Calais» ¡Calais! ¡Calais, que hace doscientos once años estaba en poder de los ingleses! ¡Calais, donde la bandera inglesa tremolaba como un bofetón para el Rey de Francia! ¡Oh! ¡que sepa á quien debo este triunfo y todas las riquezas de mi reino me parecerán poco para recompensarle!

GABR.— ¿Vuestra Majestad no concluye la carta del señor Duque?

REY. *(Lee).*—«La toma de la ciudad y fortaleza
» hubiera sido imposible, si un valiente, atre-
» vidísimo caballero, Gabriel de Lorges, no
» hubiera superado todos los obstáculos, ex-
» poniendo mil veces su vida. Sepa Vuestra Ma-

» jestad que todo el mérito de la empresa es
» de Gabriel de Lorges y no de mí ni de
» otro. Por esto he encargado al mismo Ga-
» briel os comunicara tan fausta noticia por-
» que tiene que pediros una gracia que sólo
» el Rey puede concederle, y si mis ruegos
» pueden algo con V. M. yo los uno á los
» suyos con toda mi alma, porque Gabriel
» se ha portado como el caballero más fiel
» y el soldado más valiente del reino.
» Dios guarde á V. M.

»*Francisco, Duque de Guisa.*»

¿Conque tú tienes que pedirme una gracia, Gabriel? Tú que mil veces has demostrado que el poder de un rey tiene límites insuperables, tú que nunca has querido aceptar recompensa alguna por tus servicios?

Gabr.—Es que yo quería juntar en uno solo los favores de Vuestra Majestad.

Rey.—¿Y cuál es ese favor tan grande que te parece vas á agotar con él, la gratitud de Enrique de Valois? ¿Qué es esa petición tan terrible que tú, expugnador de fortalezas, tiemblas al sólo hablarme de ella? Ea, habla libremente, que aun cuando hubiere de costarme una provincia de mi reino, te juro concederte tal favor.

GABR. *(Poniéndose de rodillas)*.—Majestad, el favor que os voy á pedir no os costará nada, y aumentará el número de vuestros leales..... Majestad, yo os pido un acto de misericordia y justicia, un acto que os hará bendecir por una familia, por una provincia y por la Francia toda. Majestad, yo os lo suplico, devolvedme á mi padre. *(Se levanta)*.

REY. *(Sorprendido)*.—¡Tu padre! ¿tu padre que hace diez años que ha muerto ó desaparecido?

GABR.—Desaparecido sí, pero no muerto. Desaparecido porque sus enemigos, arrancándoos sin duda una sentencia, quien sabe con que medios, le han encerrado en los subterráneos de Fort-l'Eveque, donde en estos instantes yace. Señor, una palabra, una sola palabra os pido, y repararéis así un monstruoso delito, una injusticia sin nombre.

REY.—Tu padre había conspirado contra la persona del Rey y mereció el castigo que se le ha impuesto.

GABR.—¡Majestad, con qué tegido de calumnias han oscurecido los malvados vuestro justo juicio! ¿Conspirar contra el Rey, mi padre, que al salir para un viaje en que le aguardaba la muerte, me dejaba por testamento la orden de ser siempre fiel á mi Soberano? Señor, si

mi padre tuvo la desgracia de desagradaros, yo, su hijo, os he consagrado mi vida, Señor, en nombre de mis servicios, en nombre de vuestra justicia devolvedme á mi padre.

REY.—¿Y no sabes que si te concedo lo que me pides poderosos enemigos se levantarían á pedirme cuenta de ello?

GABR. *(Con ímpetu).*—¿Y puede haber en Francia enemigos del Rey? A una señal de V. M. yo me encargo de hacerlos desapaarecer del mundo.

REY.—Si tu padre sale de la cárcel, debía retirarse á alguno de sus castillos, olvidar el fausto, la vida de la corte...

GABR.—Pasaría sus últimos días rogando á Dios por la salud de Su Majestad.

REY.—¿Quién me lo abona?

GALR.—Yo, Señor, que estoy pronto á verter toda mi sangre para probaros mi lealtad. Y si esto no os basta, mandadme encerrar en la prisión en lugar de mi padre...

REY.—Basta ya. Al fin y á la postre soy Rey y puedo hacer lo que quiera sin preocuparme de lo que dirán aquellos dos. Gabriel, te concedo la gracia que me pides.

GABR. *(Cae de rodillas besándole la mano).* —¡Ah!

REY.— Vuelve más tarde y te daré órdenes para que libren á tu padre. Le llevarás á Montgomery haciéndole jurar que no salga de allí sin permiso mío, ve y recuerda que no te he negado el único favor que me has pedido.

GABR. *(Se inclina conmovido y se va).*

ESCENA IV

UN PAJE y dicho, luego DE MATIGNÓN

PAJE.—El Mariscal De Matignón, pide ser recibido por Su Majestad.

RE.—Que entre. *(Vase el Paje).*

MAT.— (Gabriel de Lorges acaba de salir de aquí. ¡Y, cómo si le he dejado enfermo en Calais!)

REY.—Mariscal, qué noticias traéis del campamento?

MAT.—Cuando hace seis días salí de allá, el sitio procedía regularmente, pero con lentitud: en el campamento iba cundiendo la murmuración, por lo que yo soy de opinión que la empresa no tendrá éxito y una prudente retirada salvaría el ejército debilitado por el hambre y las privaciones.

REY.—Eso sería hace seis días; lo que es hoy ya no hay tiempo.

MAT. *(Sorprendido)*—¡Cómo!

REY.—Calais ha sido tomada.

MAT.—¿Tomada Calais?

REY.—Sí, por el duque de Montgomery.

MAT.—¿Gabriel de Lorges?

REY.—Sí, él fué el primero que escaló las murallas, y el águila rota de su pendón la primera que se clavó en las torres conquistadas.

MAT.—¿Qué oigo?

REY.—¿Os sorprendéis?

MAT.—Mucho.

REY.—¿Y por qué?

MAT.—Os lo diré. Lorges estaba enfermo, ó á lo menos así se decía, cuando yo salí del campamento. De lo que menos se hablaba era de asaltar la plaza, y no era el joven Montgomery el hombre mas apropósito para llevar á cabo la empresa. Creyóse que se inclinaba á los Hugonetes por su modo de vestir descuidado, su mirada sospechosa y por los modales ásperos con que trataba á sus iguales, al paso que se granjeaba demasiado las simpatías de los soldados, comiendo á menudo con ellos y hasta durmiendo entre los guardias.

REY.—Pronto le veréis cambiar de modales.

MAT.—Eso me sorprenderá tanto como el saber que los Alpes separan á Francia de Inglaterra.

REY.—Vuestra sorpresa cesará cuando sepáis el motivo de obrar así. ¿Conocíais á su padre?

MAT.—¿El anciano Duque Jaime de Montgomery? Sí, le conocía: era un hombre soberbio y pendenciero, que desapareció sin que nadie supiera cómo ni por qué.

REY.—(Harto lo sé yo). Pero decidme, ¿qué os movió á dejar tan repentinamente el campamento?

MAT.—Yo vine á París por orden del Señor Duque, para ver si los Hugonotes hacen algo en perjuicio del Estado.

REY.—¿Y nada habéis descubierto?

MAT.—Algo, pero no gran cosa. Parece que quieren organizarse, pero les falta una ocasión para ganarse el favor del pueblo. Y para esto se dice que se proponen asaltar las cárceles y librar á los detenidos.

REY.—¿Que decís? Me hacéis temblar.

MAT.—No, Majestad, no temáis. Procurad deshaceros de los presos peligrosos y nada tendréis que temer.

REY.—Ya hablaremos de ello. Siento que ahora importantes negocios me llaman á otra parte.

Esta noche haceos ver por aquí. *(Vase por una puerta lateral).*

MAT.—Siempre estoy á las órdenes de Vuestra Majestad.

ESCENA V

MONTMORENCY y DE MATIGNÓN

VIZC.—¿Y el Rey?

MAT.—Acaba de salir de aquí.

VIZC.—¿Habéis oído de la conspiración de los Hugonotes?

MAT.—De ella hablaba con Su Majestad.

VIZC.—¿Y él?

MAT.—Parece muy preocupado.

VIZC.—¿Sabe quién es el cabecilla?

MAT.—Lo ignora, como todos nosotros.

VIZC.—Quizá no todos.

MAT.—¿Vos sabéis algo?

VIZC.—Es Gabriel de Lorges.

MAT.—No sería raro: en el campamento pasaba por Hugonote.

VIZC.—Se le ha encontrado á un escudero una carta para Montfort.

MAT.—¿De veras?

VIZ.—Hela aquí: leed.

MAT.—«Amigo Montfort.—La inacción me cansa, «mira si puedes saber donde está mi padre. «Creo que el Rey no me negará la gracia, en «cuyo caso haremos lo posible para librarle «de su prisión.—Tuyo Lorges.»

VIZC.—¡Aun á despecho del mismo Rey!

MAT.—¿Pero su padre está en la cárcel?

VIZC.—Sí, en Fort-l' Eveque, condenado por traición y felonía.

MAT.—¿Qué decís?

VIZC.—Lo que oísteis?

MAT.—Ahora comprendo las palabras del Rey. Si no me equivoco, él tiene intenciones de darle la libertad.

VIZC.—No puede ser.

MAT.—Os lo aseguro.

VIZC.—Pues hay que impedirlo.

MAT.—Con tal que no parezca efecto de venganza personal.

VIZC.—Sobre todo el bien del Estado. Escuchad lo que he pensado hacer.

MAT.—Vuestra idea ha de ser excelente.

VIZC.—Vos os quedaréis algunos días en París, procurando atemorizar al Rey, hablándole del peligro inminente, y entretanto yo iré á Fort-l' Eveque y haré que el viejo muera sin dar sospechas. Vos os encargaréis de despres-

tigiar en la Corte á Gabriel de Lorges y retardar su salida, de suerte que, aunque el Rey le conceda lo que le tiene prometido, será inútil...

MAT.—Pero si se llega á saber...

VIZC.—No se sabrá nada. Hay en el castillo un horrendo subterráneo, donde un hombre acabado por los dolores y padecimientos, no puede vivir muchas horas. Allí encerraremos al viejo Montgomery, y cuando llegue Gabriel de Lorges, hallará un cadáver.

MAT.—¿Y qué dirá Gabriel?

VIZC.—Nada, y si se atreve á chistar, no le faltará á Montmorency un puñal que le haga callar para siempre.

MAT.—(Cobarde). Veo que todo lo habéis dispuesto con vuestra acostumbrada seguridad. Voy, pues, á cumplir mi parte.

VIZC.—Recordaos que el servicio que hacéis al Rey no quedará sin recompensa.

MAT. - (¡Si no fuera por eso!) Conocidos me son la munificencia del Rey y el poder del Vizconde de Montmorency *(vase)*.

ESCENA VI

MONTMORENCY solo

Anda: quema tú también un grano de incienso á la fortuna, que hoy soy yo, y mañana puede ser otro. ¡Viles y cobardes, yo os desprecio! Sólo Gabriel de Lorges podría suplantarme en el favor del Rey, pero yo le he envuelto en una red de que difícilmente podrá librarse. A la conspiración de los Hugonotes, que desgraciadamente es verdadera, he unido su nombre, y así está irremediablemente perdido. ¡Niño, que has querido medirte con un gigante, el gigante te aplastará con un solo pie! Yo, yo mismo disfrutaré de mi triunfo, yo espiaré tus palabras y si después de todo aun quedas con vida, sea para mi daño. Sí, yo destruiré contigo toda la casa de Montgomery que siempre se atreviesa ante mis pasos, que desea mi ruina. Este es el voto de mi odio, y lo he de cumplir, lo juro.

CAE EL TELÓN

ACTO II

Cárceles de Fort-l' Eveque: á la derecha entrada de las cárceles, á la izquierda la salida secreta.

ESCENA I

CARCELERO solo con la linterna: está sentado hacia el proscenio

¡Uf! ¡qué vida tan perra! Pues no me faltaba más á mí que estar gritando y rezongando todo el santo día, cuando no soy yo el que tiene que sufrir las riñas y regaños de los otros. Que guarde bien el preso tal y me lo pagarán bien: yo lo trato como se merece, y no veo la tal paga. A veces viene alguno con una voz de mosquito de trompetilla y me dice: *(imitando la voz)* Falco, hazme el favor de dejarme hablar con fulano de tal. Y yo: ¿Tenéis permiso? Yo no, pero soy hijo de don Fulano, hermano de D. Zutano, que tiene relaciones con Mengano y que patatum y que

patatán... En fin que me dejan la cabeza como un bombo. Hay otros más listos que meten la mano en el bolsillo, como para sacar el reloj, y tropiezan con alguna dobla de oro. Yo entonces le digo: ¿Qué andáis haciendo con esas doblas? ¿No tenéis miedo que os roben?—Y él contesta: Yo siempre tengo alguna de reserva para dar una copita á mis amigos—Y yo: ¡Ah! ya, ya se vé que es V. hombre de mucho mérito; y le abro la puerta para que eche un párrafo con mis inquilinos. El entonces me pregunta como á quema ropa:—¿Y Vd. no bebe? Sí, señor, pero sólo pruebo vinos del Rhin-y la dobla pasa como por encanto de su mano á mi bolsillo. Yo soy muy honrado y no quisiera que pensaran mal de mí; pero el otro día... nada! que yo estaba en estrecheces pecuniarias, y vino uno y me ofreció una dobla. Yo, es claro, la recibí y corrí el primer cerrojo, pero al llegar al segundo, no había medio de que corriera. Entonces el amigo me preguntó:—Pues pónselo-y me largó otra dobla. ¡Excelente remedio! al punto corrió aquello como si fuera de sebo.

Al fin y á la postre, vamos á ver, ¿qué mal hay en esto? Yo soy de corazón compasivo y no puedo ver llorar á tantos infelices: al Rey

no le importa un bledo porque no sabe nada, y entretanto proporcionamos una alegría á esos pobres amigos permitiéndoles verse, y á mí un alegrón dándome para beber toda la semana. De modo y manera que... está muy bien hecho, y todo el mundo haría otro tanto. Pero ¡ojo! que si lo llegan á saber aquellos otros tíos, me ponen las peras á cuarto. Y lo bueno es que no se toman la molestia de venir aquí á decidme lo que quieren, no, señores, me mandan llamar. Porque sino, os aseguro yo, que á veces tendríamos títeres. Yo soy un ángel si me tratan bien, pero si no, soy un león, una furia, una serpiente... lo que Vds. quieran; me dan ganas de dar puñetazos y hasta de morder, y me parece que en estos casos de un mordizco partiría por medio una rueda de tahona como si fuera de mantequilla. Y si por valor va, les doy quince y raya á todos esos soldados que siempre se están jactando de valientes. Todavía me recuerdo de la que armamos en el bosque de Vincennes contra unos bandidos: Nosotros éramos unos cien, y ellos no pasaban de cincuenta, pero cincuenta satanases de lo peorcito de la satanería. *(Oyese un ruído sordo: Falco echa á correr por el escenario.)* ¿Qué será esto? No quisie-

ra que fueran los demonios porque á ellos les tengo un miedo atroz. Los diablos nunca dejan de ser tales, al paso que los hombres por malos que sean... tampoco pasan de hombres y nunca llegan á diablos. No, no me gusta este oficio, y si tuviera una buena talega de dinero, ahora mismo tomaba las de Villadiego. ¿Quién me dá dinero, por vida de Satanás?

ESCENA II

CONJURADOS, guiados por ENGUERRANDO, con linterna ciega y dicho

(Los conjurados, con antifaz negro y embozados, salen por la puerta secreta. Enguerrando viste de ermitaño con larga barba.-Uno de los conjurados oyendo las últimas palabras del carcelero, se le acerca de puntillas.)

CONJ.—Yo.

CARC.—¡Ah! Señor Satanás, dispense: no quería molestarle.

CONJ.—Habla bajo.

CARC.--Bueno, bueno; pero ¿qué quiere V.? ¿Quiere llevarme al infierno?

CONJ.—¡Ja! ¡ja!

CARC.—¿Y todavía se ríe V., señor Satanás?

CONJ.—¿Quién te ha dicho que yo soy el diablo?

Carc.—Es que... la cara...

Conj.—Borrico.

Carc.—Gracias.

Conj.—Basta ya, que no tengo tiempo que perder.

Carc.—Y yo no quiero nada de V.

Conj.—Pero yo sí de tí, sino, no hubiese venido.

Carc.—Pues ha hecho mal en molestarse, que con el diablo nada tengo que ver.

Conj.—¡Acabemos! yo no soy el diablo.

Carc.—¿Ah no?

Conj. *(Con impaciencia)*—No.

Carc.—¿De manera que es V. un hombre como yo?

Conj.—Ni mas ni menos.

Carc.—Si es así, puede que nos entendamos ¿Vamos á ver, señor tiaco? ¿Qué quiere V. aquí? ¿Alojamiento? En seguida será servido ¡Hola! *(llamando)*.

Conj.—Calla.

Carc.—¿Que calle? Yo sé mi oficio *(c. a.)* ¡Hola!

Conj.—Calla, *(enseñándole un puñal)* si no...

Carc.—Calma, calma, señor hombre. Veo que tiene V. buenas razones y nos podremos entender con facilidad.

Conj.—Está bien, pero no vuelvas á gritar.

Carc.—No hay peligro. Tiene V. una manera de razonar que no hay más. Pero vaya de prisa,

que si llegan á venir aquellos malditos soldados.....

Conj.—No tengas miedo. Mira ¿ves mis compañeros?

Carc.—¡Jooo... sús! ¡cuánta gente! (*se arrodilla*) Piedad, compasión.

Conj.—Levántate, animal (*dándole un manotazo en el hombro*).

Carc.—Más despacio, que me va á romper un hueso.

Conj.—Tú buscabas oro ¿verdad? Pues mira (*le enseña una bolsa*).

Carc.—¿Eso es oro? Pues ya estoy á su disposición. ¿Qué manda?

Conj.—El Duque de Montgomery, que está en estas cárceles, esta noche debe salir de ellas.

Carc.—¿Cómo, cómo? No oigo bien por este oido.

Conj.—¿Conque no, eh? (*enseñando el puñal*).

Carc.—¡Madrecita de mi alma, que furia! Ni siquiera me da tiempo para pensarlo. ¿Conque esta noche el Duque debe salir?

Conj.—Cabalmente.

Carc.—Malamente.

Conj.—¿Hola, por qué?

Carc.—Por que, señor mío, el pobre carcelero no tiene ganas de bailar un tango, con un dogal al cuello, colgado de un pino.

Conj.—¡Qué tonto eres! Tú te escapas y nadie te encuentra.

Carc.—Si es por eso, conozco el monte mejor que nadie. Quién sabe á cuántos infelices le he quitado la molestia de llevar dinero por esos mundos.

Conj.—Muy bien. ¿Conque..?

Carc.—Conque... qué.

Conj.—¿Dejarás salir al Duque?

Carc.—¿Y cómo?

Conj.—Olvídate de correr los cerrojos, y no te cuides de más.

Carc.—¿Y si no me olvido?

Conj.—Entonces... *(le enseña el puñal).*

Carc.—¡Ah! ya, ya... ya me he olvidado.

Conj.—Esta noche á las doce en punto.

Carc.—Perfectamente.

Conj.—Quedamos entendidos. Adiós. *(por irse).*

Carc.—¡Eh! amigo.

Conj.—¿Qué hay?

Carc.—Y el oro «que todo lo puede» *(cantando).*

Conj.—Toma una bolsa de doblas.

Carc.—¿Son buenas ó falsas?

Conj.—Eso no se pregunta.

Carc.—Vaya, por nada se enfada ¿Cuántas hay?

Conj.—Más de cien.

Carc.—*(Sopla)* Son pocas.

CONJ.—Bueno. Dame la bolsa; no haremos carrera.

CARC.—Calma, hombre, calma. Tratándose de usted lo mismo da porque es un joven de mucha sal, y á mí me gustan los salaos.

CONJ.—¡Anda, granuja!

CARC.—Me parece que oigo ruído de gente. No quisiera.....

CONJ.—Tienes razón. Amigos, vámonos; y tú cuidado con la sin hueso, sino...

CARC.—Ya, ya, el puñal...

CONJ.—Eso es, el puñal...

CARC.—Bueno, pues. Seré más callado que una tumba.

CONJ.—Y si todo sale bien...

CARC.—¿Si todo sale bien qué?

CONJ.—Tendrás más dinero. *(Vanse los conjurados).*

CARC.—¡Más dinero! Se conoce que son ustedes gente de valor.

ESCENA III

CARCELERO solo

¡Qué miedo me ha metido en el cuerpo ese demontre! ¿Qué querrán hacer con aquel infeliz? ¿Y á mí qué me importa? Lo cierto es que en mi vida he hecho yo más buen ne-

gocio. ¡Cuánto oro! Y nada... que por tonto casi me lo pierdo. Pues no faltaba más. Que me moría de pena, porque lo que es al oro le tengo más cariño que á mi mujer y á mis hijos. ¿Cuántos litros de vino podré comprar? ¡Uf!.. tendré para coger dos filoxeras al día mientras viva... Pero ¡ojo! ¡que si los señores de arriba lo llegan á notar, me ponen una corbata de esparto y á bailar en la almena más alta del castillo!... Brrr... que miedo.

ESCENA IV

MONTMORENCY y dicho, luego alabarderos

VIZC. *(Desde dentro)*—¡Carcelero!

CARC.—(Adiós... ¡pobre de mí!.. ¡qué hacer!... ¿y mi oro?) *(corre por la cárcel)*.

VIZC. (*c. a.*)—¡Carcelero!.. ¡Carcelero, digo!

CARC.—¡El Vizconde de Montmorency!... ¡Ahora si que estoy fresco!

VIZC.—¡Carcelero!.. Por mil demonios ¿dónde te has metido? (*sale*).

CARC.—Aquí estoy, señor.

VIZC.—¿Y por qué no has contestado en seguida?

CARC.—Porque estaba allí...

VIZC.—¿Y qué hacías allí?

CARC.—(¡Si lo habrá notado!) Estaba mirando si todo estaba en su sitio.

VIZC.—Creía que te había llevado Satanás.

CARC.—(¡Satanás! ¡si lo sabrá!) El Sr. Satanás.....

VIZC.—Si no te ha llevado hoy, te llevará mañana.

CARC.—(Mejor que fuera a tí).

VIZC.—¿Qué murmuras?

CARC.—Nada. Decía que me regañáis sin motivo y sin que yo...

VIZC.—Basta... oye..

CARC.—Oigo.

VIZC.—Por orden del Rey traslada al Duque de Montgomery á esta prisión del centro del castillo.

CARC.—(¡Adiós dinero!) ¿Cómo? ¿á quién? ¿á aquel señor viejo, de barba larga, enfermo?

VIZC.—¿Tendré que repetírtelo?

CARC.—Pero si apenas se puede mover ¿cómo queréis que venga solo hasta aquí?

VIZC.—Dos alabarderos le sostendrán. ¡Hola *(salen dos alabarderos)* Lleva contigo estos dos hombres, y ejecuta la orden del Rey.

CARC.—¿Y si el viejo se muere?

VIZC.—Mejor. ¿Quieres tú dar leyes al Rey, nuestro señor? No sé qué me detiene que no te haga dar una paliza.

CARC.—(Gracias que estos dos te defienden

(por los alabarderos) sino ya verías quien soy yo.)

VIZC.—¿Has oído? Ve.

CARC.—Voy. (Si pudiera comunicar á aquellos este cambio) *(á los alabarderos)* Marchen *(Vanse).*

ESCENA V

MONTMORENCY solo

¡Finalmente ha llegado la hora por que tanto he suspirado y trabajado! Alégrate, Vizconde de Montmorency; verás á tu enemigo humillado y con un pie en la tumba: ¡por fin se cumplirá la terrible venganza que tanto has procurado!

Con todo no sé qué me detiene y envenena el placer que yo creía gozar en este instante. ¿Será remordimiento? ¿Remordimiento? ¿Y cuándo le he tenido yo? No, yo no tengo remordimientos, no quiero tenerlos. Pero ya viene el Duque. ¡Qué desfigurado está! Casi no le conozco. La barba larga, el rostro descarnado, los ojos hundidos, el paso vacilante.

¡Este hombre está muerto, este no es el soberbio duque Montgomery!

ESCENA VI

MONTGOMERY, CARCELERO, ALABARDEROS y dicho.

DUQ. *(con voz débil)*—¡Dios mío, qué voz!

VIZC.—Es la del Vizconde de Montmorency, á quien tú has despreciado: tú, tú sólo te has atrevido á reirte de él, y he aquí lo que has ganado.

DUQ.—¿Hasta en la tumba persigues á tus enemigos, Montmorency?.... Breves son los días del hombre en este mundo... yo estoy concluyendo mi peregrinación..... pero tú piensa que hay un Dios vengador del inocente oprimido... un Dios ante cuyo tribunal tendrás que comparecer.

VIZC.—Ahora prepárate tú para dar este paso... yo moriré cuando quiera el cielo.

DUQ.—Sí, cuando El lo quiera..... cuando la medida de tus delitos llegue al colmo... Entonces... que Dios te perdone como te perdona el Duque de Montgomery.

VIZC.—¿Y qué me importa tu perdón? ¿Sin él dejaré por ventura de ser el Vizconde de Montmorency? Pero basta ya: otras cosas de mayor importancia me esperan,

CARC.— (¡Uf!.. Estoy por darle con este llavero en los morros.)

DUQ.—Una pregunta... será la última, Vizconde de Montmorency... no se la niegues á un moribundo... ¿qué es de mi hijo?

VIZC.—Ha muerto.

DUQ.—¡Dios mío! ¿Y dónde?

VIZC.—En Calais.

DUQ.—¡En Calais!.. ¡en tierra extranjera!.. ¡Ah, señor, esto es demasiado!.. *(Se desmaya, los alabarderos lo acomodan sobre una piedra hacia el fondo de la cárcel.)*

VIZC.—Muérete tú ahora y cuando venga Gabriel de Lorges se encontrará con un cadáver.

CARC.—(¡Animalote!)

VIZC.—Carcelero, precédeme con la luz. *(á los alabarderos)* Vamos.

CARC.— (¡Mal tiro te parta la cabeza!) *(vanse).*

ESCENA VII

MONTGOMERY solo

(Después de una larga pausa se levanta poco á poco). ¿Dóndeestoy?.... ¡Qué tinieblas me rodean!.. ¿Es el infierno?.. no... estas paredes son de piedra... de piedra es este asiento.....

¿Me han condenado á morir en una tumba?.. no, no... es una cárcel... y por orden del Rey... me han traído aquí... ¿Qué quieres, Vizconde de Montmorency?.... ¿te ríes?.... ¿estás satisfecho ahora? ¿Enguerrando, dónde estás?......Llévame donde está mi hijo....... Gabriel... ¡Ah! ¡él ha muerto!.... ¡Nadie responde á este moribundo!.... todos me han abandonado... ¡Ah! Gabriel... Ga...bri...el. (*se desmaya*).

ESCENA VIII

ENGUERRANDO con una linterna, CONJURADOS y dicho

(*Los conjurados al entrar se quitan el antifaz, que vuelven á ponerse al salir.*)

ENG. (*Sacando la cabeza*)—Parece que ha cesado el ruído... Amigos, entrad. (*Salen y se ponen á su rededor*). ¿Hay novedad?

CAB-CONJ.—Sí, el Vizconde de Montmorency ha llegado al castillo.

ENG.—¡Cómo! ¿El Vizconde de Montmorency está aquí?

CONJ.—No, yo lo he visto hace pocos momentos volver á París á rienda suelta.

ENG.—Loado sea Dios, sino todo estaba comprometido.

Conj.—¿Así es que estamos seguros?

Eng.—Sí, el éxito sólo depende de vuestra prudencia. No os sirváis de las armas si no en caso extremo para defenderos vosotros y vuestro tesoro. Dios está con nosotros y nos ampara...

Duq.—¡Dios mío! *(delirando).*

Todos.—¡Ah! *(echan mano á los puñales).*

Eng.—¡Quién va! Silencio, paréceme ver un hombre dormido.

Conj.—Será el carcelero que está soñando, bajo la impresión del miedo que yo le infundí.

Eng.—Puede ser. No había para menos.

Duq.—¡Ah! Montmorency *(c. a.).*

Todos.—¡Qué nombre! *(mano á los puñales).*

Eng.—Este no es el carcelero... la voz me parece...

Todos.—¿De quién?

Eng.—De Montgomery. *(Corre hacia él, con la linterna).* Sí, es él, es él. ¡Señor!.. ¡Está fuera de sí!

Duq *(volviendo en sí)*—¿Quién viene á turbar... la soledad de muerte que me rodea?.. *(abre los ojos con esfuerzo)* ¿Qué veo!.. Un monje... acercaos, padre... ¿Quién eres tú que vienes á consolar las últimas horas de un moribundo?

ENG.—Yo soy el auxilio que Dios os manda para libraros de la muerte. Soy Enguerrando.

DUQ.—¿Tú?.. ¿Enguerrando?.. ¿Y esos otros?

TODOS.—Tus fieles.

DUQ.—¿Y todavía tiene amigos el viejo Montgomery?

ENG.—Y no están aquí todos. Fuera te espera una escolta de armados, y entre ellos no hay uno siquiera que no esté dispuesto á dar su vida por salvaros.

DUQ.—¿Y mi hijo... mi Gabriel?....

ENG.—No está, él...

DUQ.—¡Ha muerto!

ENG.—No, señor.

DUQ.—Sí, me lo ha dicho el Vizconde.

TODOS.—¡Infame!

DUQ.—¿Luego es verdad?.. ¡Dios mío, me muero! *(vuelve á desmayarse).*

ENG.—No, Señor, Gabriel está en Calais, en el ejército del Duque de Guisa... No me oye, ha muerto *(llora).*

CONJ.—¡Nosotros le vengaremos!

TODOS. *(Cruzando los puñales)*—¡Muera Montmorency!

ENG.—Callad... parece que respira... Sí, el corazón todavía late.

CONJ.—¿Qué esperamos, pues? Vamos antes que nos sorprendan.

Otro.—Sí, vámonos... tal vez el aire fresco le hará volver en sí.

(Dos le toman, otro le cubre con un manto negro y se marchan)

Eng.—¡Señor, protegednos! *(vanse. Tocan las doce de la noche).*

ESCENA IX

Carcelero, con linterna, Gabriel con un pergamino

Carc. *(adentro)*—Por aquí, por aquí digo... ¡eh! no corráis tanto... que yo no puedo seguiros... *(saliendo)* ¡Demontre! á este paso os vais á romper las narices contra la pared.

Gabr.—Anda, dime ¿dónde está mi padre?

Carc.—¿Quién? El Viejo Duque de Mongomery?

Gabr.—Sí.

Carc.—Pues está aquí (Y los otros le buscan. ¡Vaya un enredo!)

Gabr.*(Busca por la cárcel)*—Aquí no está.

Carc.—¿No está? *(con ansia).*

Gabr.—No.

Carc.—(Si se lo habrán llevado aquellos) ¡Adiós dinero!

Gabr.—Responde, ó sino...

Carc.—Escuchad: el Vizconde de Montmorency,

hace un rato me mandó traer aquí á vuestro padre, y le dijo un millón de impertinencias.....

GABR.—¡Ah! ¡infame! ¿Y luego?

CARC.—Después se marchó á todo escape.

GABR.—¿Pero cómo no está mi padre?

CARC.—(Se me ocurre una idea: ahora le digo que aquellos enmascarados vinieron por orden de Montmorency para matar á su padre: así si vuelven tendrán que vérselas con él, y yo tomo las de Villadiego).

GABR.—Bueno ¿y qué?

CARC.—Hace poco vinieron unos enmascarados, que poniéndome un puñal en la garganta, me dijeron que les entregara vuestro padre.

GABR.—¡Ah! ¿desgraciado... y tú?

CARC.—¡Yo, un cuerno! Yo pedí auxilio, y ellos desaparecieron como si fueran duendes.

GABR.—¿Por dónde pasaron?

CARC.—¿Lo sé yo acaso? yo no conozco más salida que esa por donde hemos venido. Es verdad que hay otra puerta; pero las llaves las tiene Montmorency, y por ella se va á ciertos corredores del castillo y después al campo.

GABR.—¿Y así?...

CARC.—Así podéis comprender que Montmorency los ha mandado para que le mataran.

GABR.—Infame.....

CARC.—Con los asesinos venía un fraile.

GABR.—¡Un fraile!

CARC.—Sí, tal vez para ayudarle á bien morir.

GABR.—¡Inícuo Montmorency, has vencido! Pero juro por el alma de mi padre que yo te mataré y me vengaré.

CARC.—(Ahora sí que está fresco el Vizconde).

GABR.—Sí, te buscaré, te martirizaré como tú has martirizado á mi padre, te haré pagar con una muerte lenta los suplicios que le has dado, inícuo, traidor.

CAE EL TELÓN

ACTO III

CHOZA DE ENGUERRANDO

En el fondo una especie de farol rústico

ESCENA I

ENGUERRANDO solo

Las tres: elevemos al Señor una plegaria por todos los que, como yo, están afligidos por grandes pesares. Pero antes encendamos la linterna que el viento apagó, para que los pasajeros puedan guiarse por el incierto camino. *(lo hace)* He allí el ennegrecido castillo de mi Duque, convertido en madriguera del que se empeñó en borrar su nombre de la faz de la tierra. ¡Pobre Jaime de Montgomery! quizá yo no te salvé de la muerte, sino para obligarte á una vida más desdichada aún. Pero alguien se acerca... *(desde la puerta)*. Peregrino ó viajero, quien quiera que seas, no lleves á mal detenerte algunos instantes en la celda del pobre ermitaño, hasta que salga el sol y alumbre tu camino.

ESCENA II

El Duque y dicho

Duq.—Gracias, Enguerrando.

Eng.—¡El Duque!

Duq.—Sí, yo soy.

Eng.—¿Y qué es lo que obliga á mi señor á vagar de noche por los bosques como si fuera una fiera?

Duq.—Bien dijiste, como si fuera una fiera; por que lo mismo que las fieras véome obligado á evitar la luz del día para no caer en mano de mis enemigos.

Eng.—¡Pobre y desdichado señor!

Duq.—No creas, Enguerrando, que las desdichas me han acobardado tanto que tema las iras de Montmorency; yo no le temo, ó mejor no temo su indignación por el mal que á mí me pueda hacer, pero sí temo por vosotros, amigos leales, que se os imputaría el delito de haber salvado á vuestro señor, por vosotros que seríais condenados á la cárcel ó á la muerte, si Montmorency llega sólo á sospechar lo que habéis hecho.

Eng.—Eso no podrá tardar en saberlo, pero con-

fío en la divina justicia, que á veces espera, pero nunca deja impune el delito

Duq.—¿Y qué esperas? Pero ¿por qué habéis dejado vuestra torre, exponiéndoos á ser víctima de los lobos ó caer en poder de los bandidos?

Duq.—Vencióme el deseo de ver los lugares de mi juventud, de pisar las huellas de mi Gabriel, que tan á menudo venía á cazar por estos bosques, y á quien ahora he perdido para siempre *(llora)*.

Eng.—¿Y quién os lo asegura?

Duq.—Cuando salía cauteloso de mi torre, ví temblar una estrella en el firmamento, atravesarlo con rápida carrera y perderse en los espacios, allá en dirección á Inglaterra. ¡Funesto presagio!

Eng.—¡Las desdichas han abatido tanto vuestro ánimo, oh Jaime de Montgomery, que prestáis fe á vanas fantasías!

Duq.—Es que tengo pruebas harto más ciertas...

Eng.—¿Y cuáles?

Duq.—La misma noche que vosotros me librásteis de la prisión, el mismo Montmorency me había dado la fatal nueva.

Eng.—Mintió vuestro enemigo; no es eso lo que publicó la fama por estas partes.

Duq.—¡Habla, tú sabes algo de Gabriel!

Eng.—Fué el vencedor de Calais.

Duq.—¡Gran Dios!

Eng.—El Rey le concedió vuestra vida en premio de su valor, pero Montmorency quería vuestra muerte y dió orden que os trasladaran á la cárcel de donde os salvamos. Gabriel os buscó inútilmente, pues nadie quiso revelar el secreto, y él...

Duq.—Prosigue.

Eng.—Desapareció.

Duq.—¡Dios mío! Cayó víctima inocente del malvado Montmorency, quien sin duda le dió muerte.

Eng.—Tened valor, ilustre Jaime de Montgomery, confiad en el poder de Dios, y El, como libró á Israel de la cautividad de Egipto, os librará á vos de tantas penas. Confiad en El y no temáis, porque está escrito «Ví al impío exaltado sobre los cedros del Líbano; pasé y ya no era».

Duq.—Tus palabras son para mí como el bálsamo derramado sobre las llagas, y calman mis dolores ¡Con cuánto gusto pasaría los días que me quedan de vida en este yermo contigo!

Eng.—No, Duque Jaime de Montgomery, otra cosa quiere Dios de vos, creédmelo. Tal vez

no está muy lejano el día del triunfo. Por ahora entrad por esa puerta: hallaréis un duro jergón; es todo lo que le puede ofrecer su antiguo escudero.

Duq.—Enguerrando, yo pasaré contigo lo restante de la noche, ó mejor, volveré de prisa á mi cueva, como un lobo sorprendido por el sol lejos de su madriguera, pues no quiero serte de peso.

Eng.—Id, y reposad; escuchad la voz de este viejo, y no tendréis que arrepentiros de ello.

Duq.—Tus palabras son para mí una ley. Adiós. *(Entra por la puerta).*

ESCENA III

Enguerrando, luego el Rey vestido de caza

Eng.—¡Señor! ¡Y hasta cuándo no haréis justicia á vuestros siervos! ¿Hasta cuándo tendremos que doblar la cerviz bajo el yugo que nos agobia? ¡Haber piedad, Señor, de la vacilante casa de Montgomery!

Rey.—(Aquí hablan de Montgomery) *(quédase atrás escuchando)*

Eng.—Vuelva, Señor, á reinar la paz. Vos en cuyas manos están el corazón y la mente de

los Monarcas, iluminad á Enrique de Valois, hacedle conocer en quien confía, quien le traiciona...

REY.—(¡Quien me traiciona!)

ENG.—Quien abusa de su confianza para oprimir á los inocentes, inventando falsas conjuraciones y conspirando él, contra su Rey.

REY.—(¿Y quién conspira contra mí?) *(hace ruído)*

ENG. *(volviéndose)*--Dios os guarde, extranjero.

REY.—El te asista, buen monje. Perdona si así he penetrado en tu habitación.

ENG.—¿Qué decís? Yo he encendido esa luz á fin de que los viajeros hallasen un refugio durante la noche en la pobre celda del solitario.

REY.—Gracias, buen fraile: me sobrecogió la noche en el bosque y por más que hice no pude dar con mis compañeros.

ENG.—Sentaos por ahora aquí, junto al fuego, y mañana los buscaréis.

REY.—Acepto de buen grado lo que me ofreces, pero te agradecería si me pudieras dar algo para fortalecer mi estómago.

ENG.—Aguardad un instante y seréis servido.

REY.—El cielo te lo pagará, y no es mi estado tan miserable que no pueda pagarte con largueza tu generosidad.

ENG.—No hablemos de ello ¿No dijo Dios que

pagaría con creces un vaso de agua dado en su nombre? Fuera de que yo nada deseo, y si algo me falta, sólo uno en Francia puede concedérmelo.

Rey. ¿Y no podría yo ser ese uno?

Eng.—No.

Rey.—¿Quién sabe?

Eng.—Señor, harto os he hecho esperar, aguardad un momento *(vase).*

ESCENA IV

Rey solo

¡Desdichados Monarcas! Ni aun en medio de las selvas, apartados de la vista de todo el mundo, podemos hallar tranquilidad. Pocos instantes me detengo en esta solitaria ermita, y aquí oigo hablar de fraudes y maquinaciones. ¿Y cómo lo habrá sabido este solitario? ¿Quién conspira contra mi vida y mi reino? ¿Gabriel de Lorges quizá? No, pues este anciano confundía en una misma plegaria el nombre de Montgomery y el del Rey, á los dos ama igualmente. ¿Quién será el traidor? ¡Cruel incertidumbre! Ya vuelve: disimulemos porque al Rey tal vez no se atreviera á hablarle.

ESCENA V

Enguerrando con comida, vino, y dicho

Eng. *(preparando)*—Aquí tenéis, señor, lo mejor que he podido encontrar. No será esta frugal comida tan gustosa como la que acostumbráis á tener, pero el hambre y el cansancio sirven de condimento, y á veees un pobre plato, libre de cuidados y zozobras, vale más que un opíparo banquete.

Rey.—Dices bien; pero si no te soy molesto, responde á una pregunta.

Eng.—Hablad.

Rey.—Tú no has vivido siempre en esta rústica choza; tu lenguaje y modales revelan en tí nobles sentimientos.

Eng.—*(suspira)*

Rey.—¿Suspiras? ¿He evocado quizá algún recuerdo doloroso para tí?

Eng.—¡Ah! sí. Aun no hace tres lustros que he cambiado la cota del guerrero por el sayal del solitario y siento que no ha muerto en mí totalmente el hombre viejo.

Rey.—¿Fuiste soldado? ¿Y dónde combatiste?

Eng.—En Pavía con el Rey.

Rey. *(se levanta con interés)*—¿Tú?

Eng.—Sí; pero os conmovéis ¿qué tenéis?

REY.—Mi padre también combatió en la tristemente célebre jornada y cayó en poder de los españoles... Pero sigue contando, que tu relación me interesa.

ENG.—Bebed primero que os animará. *(Le llena el vaso).*

REY.—Sí, bebo á tu salud y á la de todos los valientes de Pavía.

ENG.—¿De todos habéis dicho?

REY.—Sí, de todos.

ENG.—Acepto el augurio.

REY.—Prosigue, tú combatiste junto al Rey...

ENG.—Hacía algunas horas que combatíamos, cuando un pelotón de italianos se arrojó sobre nosotros. Mi señor, cuyo escudero era yo, vió rodar su pendón por el suelo, pero no se cuidó de ello por salvar al Rey. Yo fuí herido, y él cayó á mi lado exclamando: Dios salve la Francia y el Rey.

REY.—¡Oh! generoso... y era?..

ENG.—¡Montgomery!

REY.—¿Jaime de Montgomery, que por la justicia del Rey Enrique fué arrojado á la cárcel como traidor?

ENG.—Traidores fueron sus enemigos que arrastraron al Rey á ordenar ese acto; traidores los que quisieron privarle del apoyo de Mont–

gomery; traidores los que, tramando conspiraciones, privaron al Rey del más leal caballero de su reino.

Rey.—¿Y es verdad lo que publicó la fama, que el Duque murió en la cárcel cuando llegaba su hijo con la gracia del Rey?

Eng.—El Angel de Dios veló por el anciano prisionero y no permitió que la iniquidad fuese consumada.

Rey. *(con interés)*—¿Cómo no murió en la cárcel?

Eng.—Terrible secreto es este, y si el Vizconde de Montmorency llegase á descubrirlo...

Rey.—Juro que no lo sabrá de mi labio. Habla, que si el Vizconde de Montmorency, ó el mismo Enrique de Valois quieren atravesarse en mi camino, no tendré reparo en traspasarles el pecho con mi acero.

Eng.—Lejos de mí el criminal pensamiento de poner mis manos en la persona del Rey, y tú extranjero; dá gracias al cielo que eres mi huésped y este burdo sayal es símbolo de paz y de perdón, sino me darías cuentas de tus imprudentes palabras. El lema de Montgomery, fué siempre «Dios y el Rey» y yo su siervo no quiero apartarme de él. Y quien sabe si el Duque Jaime, no tendrá que reprender-

me por haberte tenido compasión, si llega á saber las palabras que han salido de tu boca.

REY.—De modo que vive...

ENG.—¿Quién?

REY.—Jaime de Montgomery.

ENG.—¿Quién lo ha dicho?

REY.—Tú lo acabas de decir.

ENG.—¿Yo lo he dicho? (¡Dios mío, que confusión!)

REY.—Sí, tú, es inútil que intentes negarlo.

ENG.—Pues bien Jaime de Montgomery...

REY.—¿Vive?

ENG.—Sí, vive, pero ¡ay de tí! si revelas este secreto.

REY.—No lo reveleré.

ENG.—Jura por esta Cruz, por lo que tenga de más santo; que no revelarás el secreto de tu huésped.

REY.—Sí, juro por la salvación de mi alma, y Cristo Juez me lo demande en el último trance, si yo miento; juro no revelar nunca ni de hecho, el secreto del Duque Jaime de Montgomery.

ESCENA VI

Duque y dichos

Duq.—¿Quién habla de mí?

Eng.—(¡Fatal contratiempo!)

Rey.—(¡Es él, le conozco! ¡Cuán cambiado está!)

Duq.—Extranjero ¿quién eres tú que buscas á un anciano desdichado, cuya memoria se ha borrado del corazón de todos?

Rey.—De todos, no.

Duq.—¡Ah! sí, un corazón sólo conserva mi nombre, y es el de mi hijo Gabriel... ¿Eres tú por ventura?..

Rey,—No, yo no soy Gabriel.

Duq.—¡Ah! ya me lo imaginaba *(Llora).*

Eng.—(Pobre Duque, en todas partes le parece ver á Gabriel.)

Rey.—Yo no soy tu hijo, pero le conozco, es un valiente... él venció...

Duq.—Tus palabras, oh extranjero, son para mí como el rocío para las yerbas mustias por el sol de verano, pero mi ánimo está despedazado, mi corazón es un páramo desierto, que en verano espera del cielo un consuelo.

Eng.—Quién sabe, señor, que este caballero pueda prensentar al Rey vuestras razones. Por

medio de él podremos acaso darle noticia de las tramas que urden contra él...

Duq.—Dios conserve la salud y el reino á Enrique de Valois y haga de mí lo que quiera.

Rey.—Pero Enrique pagó muy mal vuestros servicios.

Duq.—No tuvo él la culpa. Malvados consejeros buscan su ruína y la mía, pero él es bueno y nadie se atreverá en mi presencia á criticar sus actos.

Rey.—(Estoy conmovido) ¿Y quién fué entonces el desgraciado?

Eng.—Montmorenrcy, que abusó del favor del Rey para perder á mi señor.

Rey.-(¡Siempre Montmorencry!) ¿Y porqué causa?

Eug.—Porque no quiso quemar incienso al ídolo de la corte, porque no quiso rebajarse á arrastrarse por el suelo en su presencia.

Rey.—(No sé cómo me contengo). Importantes cosas he oído de vuestros labios esta noche, pero ya despunta la aurora y debo marchar.

Duq.—El cielo te acompañe y aleje de tus pasos á los traidores.

Rey.--Gracias. ¿Y qué debo decir al Rey?

Eng.—Le dirás que hay un viejo que debe entregarle unos papeles que le dejó al morir Diana de Poitiers.

Rey.—¿No me los podríais dar á mí?

Eng.—No, he jurado entregarlos al Rey en persona, y no puedo faltar al juramento

ESCENA VII

Paje luego Barones y dichos

Paje.—Majestad. Con gran trabajo hemos podido seguiros; los otros barones andan por el bosque buscándoos.

Eng.—
Duq.— } (¡El Rey!)

Duq.—¿Cómo... vos sois?

Rey.—Enrique de Valois, mi viejo Duque.

Duq.—¿Vos... Enrique de Francia?

Rey.—Sí, yo soy. Yo he oído vuestras justas quejas, yo que he llorado mucho tiempo vuestra muerte, que sería efecto de la casualidad.

Duq.—¿Vos no lo habéis condenado?

Rey.—Yo no, jamás.

Duq.—Oh, Majestad... yo así siempre lo he pensado... no érais capaz...

Eng.—Perdonad, señor, si en mis palabras me he propasado.

Rey.—Tranquilízate, buen fraile. Enrique de Valois odia como vosotros á los traidores y

honra á sus leales siervos; á aquellos reserva severos castigos, á estos premios y recompensas.

DUQ.—¡Rey y señor! *(Se arrodilla).*

REY.—Me habéis dicho que teníais unos papeles para entregar al Rey.

ENG. *(Va á un cajón)*—Aquí están, Majestad.

REY.—Los examinaré y estad ciertos que haré justicia.

ENG.— } Gracias.
DUQ.— }

BARONES. *(Saliendo)*—¡Viva el Rey!

REY.—Gracias, señores. Si os parece, á caballo marcharemos. Y vos que tanto habéis sufrido sin faltar á vuestro Rey, tened confianza, tal vez pronto vendrán para vos mejores días. *(Vase).*

ENG.—Duque ¿no os he dicho yo que el día del triunfo estaba cercano?

DUQ.—¿Y qué me importa á mí ser reintegrado en mi honra y mis bienes si no está conmigo mi hijo Gabriel, para gozar de mi triunfo? *(Se arrodilla)* ¡Oh Señor, antes que este anciano cadente baje al descanso de la tumba, haced que le vuelva á ver!

CAE EL TELÓN

ACTO IV

Sala como en el prólogo.—Temporal

ESCENA I

Soldado solo

Parece que esta noche se han desencadenado todos los diablos del infierno. A la pálida luz del relámpago se me antoja ver una multitud de espíritus, que danzando mezclan sus lúgubres gemidos con el estampido del trueno y el ruído del huracán. No sé por qué, pero esos ruídos me aterran. Me ha dicho el castellano que allá en aquella torre aparece un fantasma. ¡Jesús! parece que veo una luz, se oyen cadenas... no, todo calla... *(relámpago)* ¡Ah! no me engañé... ¡el fantasma! A las armas.

ESCENA II

Montmorency y dicho

Vizc.--¿Qué hubo?

Sold.—He oído rechinar los cerrojos de la torre, y luego...

Vizc. - Prosigue.

SOLD.—Allá, allá.

VIZC.—¿Dónde? Yo no veo nada.

SOLD.—Ví una luz que iba subiendo lentamente hasta llegar arriba.

VIZC.—Pero si nadie vive en la torre...

SOLD.—Hombres, no, pero habita...

VIZC.—¿Quién?

SOLD.—Una sombra.

VIZC. *(Mirando alrededor)*—¡Eh! deliras.

SOLD.—Yo no me atrevo á habérmelas con duendes.

VIZC.—¡Digo que sueñas!

SOLD.—Soñaré con los ojos abiertos.

VIZC.—¿Y no te avergüenzas de tener miedo de esas tonterías?

SOLD.—Ya viene, ya viene.

VIZC.—¿Quién?

SOLD.—¡El duende, el fantasma! (*vase corriendo*).

ESCENA III

VIZCONDE Y MONTGOMERY

VIZC.—Me deja solo... aquí en el horror de la noche... yo me hielo. ¡Oh! que dirían de mí, que he llenado el mundo con mi fama, si se supiera que tiemblo... ¿Yo? ¡Ah, no!.. por más que no lo quiera, estoy temblando...

DUQ. *(Sale con los brazos cruzados y se detiene escuchando al Vizconde).*

VIZC.—A veces en el horror de la noche, cuando por todas partes reina el silencio, me despierto sobresaltado, y me parece ver la sombra de Montgomery adelantarse silenciosa, descorrer las cortinas del lecho y gritar con voz tremenda «¿Me conocéis?» Luego me coge con mano trémula por los cabellos erizados de espanto y exclama: «Aquí te espero, aquí seré vengado». Pero la sombra ya no es Montgomery, es Diana, que me sacude y poniéndome delante de los ojos un papel me grita: «¡Vil, traidor!..» Pero yo deliro: los muertos no vuelven... (*Por irse: al ver á Montgomery se detiene asustado).*

DUQ.—¡Quién sabe!

VIZC.—Tú... tú...

DUQ.—¿Tú tiemblas, tú que despreciaste las lágrimas de un niño y las súplicas de un anciano? ¿Te recuerdas de Font-l'Eveque, cuando yo te amenazaba con los castigos del cielo?

VIZC.—Harto los he probado.

DUQ.—No, no ha sido nada; la hora tremenda ha llegado... hora de venganza y de sangre.

VIZC.—Aléjate por piedad.

DUQ.—¿Piedad? ¿piedad? ¿y cuándo la has tenido tú? ¿La has tenido tú de un viejo moribundo que te pedía noticias de su hijo? Dilo ahora, dí que Gabriel ha muerto.

VIZC.—No, vive.

DUQ.—Y tú morirás. *(Desenvaina lentamente un puñal)* ¿Conoces este puñal? Tu mano de asesino lo usó muchas veces y entonces no temblaba.

VIZC.—¡Oh Dios!

DUQ.—¿Dios? Tú lo has despreciado, pisoteando todo lo que hay de más santo, ¿y ahora le invocas? ¿Crées que te escuchará? Tú, morirás.

VIZC.—Heme aquí á tus pies.

DUQ.—¡Cobarde!

VIZC.—Sombra implacable, aparta.

DUQ.—¿Que me aparte? *(truena)* Escucha, ¿oyes el estampido del trueno? Es la hora de la venganza. ¿Que yo me aparte para dejarte llevar á cabo los delitos que has meditado? No.

VIZC.—¡Socorro! *(cae sin sentido).*

DUQ.—En vano lo pides. ¡Muere! *(Va á darle una puñalada, pero se detiene y deja caer el puñal)*. No, al cielo la venganza. *(Vase.)*

ESCENA IV

ENGUERRANDO y dicho

ENG.—¡Qué grito! Parecióme que alguien pedía socorro; no quisiera que una nueva desgracia amenazara al duque ¿Pero qué veo? ¡El Viz-

conde de Montmorency! ¿Y este puñal? *(lo recoge)*. Aquí han cometido un crimen. No, esta arma está seca: hay sangre sí, pero no es de ahora.

Vizc.—¡Ay de mí!

Eng.—Gracias á Dios, no está muerto.

Vizc.—¿Qué fué?... ¿qué sueño?

Eng.—¡Vizconde!

Vizc.—¿Qué quieres, sombra cruel, aun no estás satisfecha?

Eng.—¡Montmorency!

Vizc.—Aparta.

Eng.—Escucha.

Vizc.—¿Quién eres? ¿qué quieres? ¿tú le has visto?

Eng.—Yo, nada he visto.

Vizc.—Míralo, allí está, pálido, ensangrentado, con un puñal: él me hirió...

Eng.—¡Levanta, sosiégate!

Vizc.—¿Dónde se escondió?

Eng.—¿Quién?

Vizc.—El fantasma.

Eng.—¿Qué fantasma?

Vizc.—¡Yo he soñado!.. Nada... ¿Y tú qué quieres de mí? ¿Quién te envía?

Eng.—Acaso Dios.

Vizc.—¿Quién me habla de Dios? El es sordo á mis voces, no me oye.

ENG.—¡El, es sordo á la voz del pecador empedernido, no escucha los deseos del malvado! Vizconde de Montmorency, no añadas á tus crímenes la blasfemia; pide arrepentido perdón de tus culpas.

VIZC.—Ya lo he pedido... pero fué en vano... ya no tengo tiempo.

ENG.—Siempre hay tiempo para arrepentirse del mal hecho, reparad las injusticias y perdonad á los enemigos.

VIZC.—No, jamás.

ENG.—Pues yo en nombre de Dios te anuncio la venganza del cielo, las furias roedoras de la mala conciencia, las penas eternas sin remisión, sin perdón.

VIZC.—La venganza, las furias ya las pruebo, el infierno lo llevo conmigo. Pero tú, profeta de mal agüero, quítateme de delante ó sino has profetizado tu fin.

ENG.—Lo que ha de suceder no está en tus manos, y yo no te temo.

VIZC.—¿Tú no temes al Vizconde de Montmorency?

ENG.—No; yo sólo temo á Dios.

VIZC.—¡Dios! es mi enemigo, y tú le invocas para atormentarme.

ENG.—Para darle gloria, le invoco.

VIZC.—Ea, acabemos ya, viejo importuno y necio, que te has introducido aquí á escondidas para espantarme con voces siniestras.

ENG.—Marcharé sí, de este castillo, maldito desde que tú vives en él. Pero recuerda que está escrito: «Derribé al prepotente de su trono y coloqué en él al oprimido.» *(por irse).*

VIZC.—(¡Qué palabras!) Fraile, detén. Paréceme que ya te he visto otra vez.

ENG.—Puede ser.

VIZC.—Hace ahora diez años, si mal no recuerdo.

ENG.—No lo niego.

VIZC.—Cuando vine por orden del Rey.

ENG.—A traicionar á un inocente.

VIZC.—No me irrites, fraile. Dime: esta noche una luz vagaba por el bosque.

ENG.—Yo la llevaba.

VIZC.—¡Infame! Y tú fuiste el que intentó aterrarme tomando la apariencia de fantasma.

ENG.—Yo, no.

VIZC.—¿No? ¿Y crees engañarme? ¿Pero qué veo? ¿qué llevas ahí escondido? ¡Un puñal! Traidor.

ENG.—A tu lado lo acabo de encontrar.

VIZC.—¡Ah, sí, traidor! Soldados.

ENG.—Dios sabe que mis manos están limpias de tu sangre y mi mente no concibió tal maldad.

VIZC.—Vanas palabras. ¡Soldados! Nadie me oye. Tal vez tú has alejado mis guardias para cometer con más seguridad tu delito... ¡Ah! aquí están por fin; estás en mis manos.

ENG.—Estoy en las manos de Dios. *(Salen los soldados).*

VIZC.—Cargadle de cadenas y encerradle en un subterráneo del castillo. ¿Creías que yo era un niño para asustarme con palabras?

ENG.—Vizconde, piensa en lo que haces...

VIZC.—¿Y aún te atreves á levantar la voz? Hasta mañana, fraile. Ya hablarás con menos orgullo. Adiós.

ESCENA V

SOLDADOS y dicho

ENG.—Ea, pues, satélites de tan digno amo, cargadme de cadenas, agobiadme de injurias, que bien merecido lo tengo, por haber querido salvar á su despecho, al Vizconde de Montmorency...

SOLD 1°.—¿Qué dices, Enguerrando?

ENG.—¿Tú me conoces?

SOLD.—¿Y tú no conoces á Ubaldo?

ENG.—¿Tú, Ubaldo, el soldado de Montgomery, sirviendo al opresor de tus antiguos señores?

SOLD.—Sirvo por fuerza: Tú sabes que yo tenía la obligación de dos jornadas de armas con

el señor del castillo. El amo cambió pero yo no: hoy es la segunda jornada, y esta tarde quedo libre hasta otro año.

Eng.—Tal vez el año próximo será mejor para tí.

Sold 1º.—Mejor si pudiera cambiar de señor, lo que es con éste...

Eng.—¿Prefieres servir á tus antiguos señores?

Sold.—¿Qué dices, Enguerrando? Ellos han muerto...

Eng.—¿Quién es ese que te acompaña?

Sold.—Es hombre de confianza: habla, Enguerrando, que él odia como yo al Vizconde. *(El 2.º soldado hace señal afirmativa).*

Eng.—Bueno, pues. Allá en aquella torre habita...

Sold 1º.—Un fantasma, yo lo sé.

Eng.—¡Cá! habita el Duque Jaime de Montgomery.

Sold.—Si murió en la cárcel...

Eng.—No, lo salvé yo.

Sold.—¿Vive allá y no teme?

Eng.—Nada teme, porque le salva la opinión común de que su espíritu sin cuerpo, anda vagando alrededor del castillo.

Sold.—Sí, yo le ví una vez y huí haciéndome cruces.

Eng.—Pues esta noche se le han de restituir sus dominios, si vosotros me ayudáis.

SOLD.—De mil amores. ¡Qué no haría yo por un señor tan bueno!

ENG.—Pero aquí no conviene hablar.

SOLD.—Ven con nosotros. Tú estás libre. Hasta mañana el Vizconde no preguntará por tí.

ENG.—¿Me obedeceréis?

SOLD 1º.—
SOLD 2º.— } De todo corazón.

ENG.—Juradlo.

SOLD 1º.—
SOLD 2º.— } Lo juro.

ENG.—Está bien, vamos. *(Enguerrando se va, haciendo señal al 2.º soldado que le siga).*

ESCENA VI

SOLDADO, luego GABRIEL

SOLD.—¿Será verdad lo que dice Enguerrando? Yo todavía lo dudo, me parece un sueño que esta noche el buen Duque vuelva á recuperar sus bienes y los derechos de que le despojó ese criminal... ¿Pero quién será ese armado que se introdujo en el castillo? Viene hácia aquí. Me esconderé y espiaré sus pasos, á ver qué busca, qué quiere. Podría ser amigo ó enemigo del Duque; en todo caso será mejor que no le pierda de vista y avise de todo á Enguerrando. *(se esconde).*

GABR. - ¡Dios de mis padres, este es mi castillo y es el sitio donde hace diez años se cometió el horrendo delito! ¡Desde la noche fatal de Fort l' Eveque, busqué por todas partes al infame de Montmorency para hundirle esta espada en el pecho, pero en vano! El vil cobarde huye de mi venganza.

SOLD 1º.—(¿Qué dice?).. Me parece... Si fuera...

GABR.—Y la muerte de mi padre no fué vengada.

SOLD.—(Sí, es él.) *(Se adelanta)* No me engaño.

GABR.—Dios te guarde, amigo.

SOLD.—Dios os guarde, mi señor.

GABR.—(Me ha conocido: Será uno de los antigüos soldados de mi padre.)

SOLD.—Permitid que Ubaldo...

GABR.—¿Tú Ubaldo?

SOLD.—Sí, el viejo halconero de vuestro padre.

GABR.—¿Y aun me conoces tras tantos años de ausencia?

SOLD.—¿Cómo olvidaros, si os tuve tantas veces en mis brazos después que el Duque vuestro padre...

GABR.—Calla, él ha muerto...

SOLD.—¿Pero aún lo creéis? No os ha dicho Enguerrando...

GABR.—¿Enguerrando? ¿Dónde está el viejo escudero?

SOLD.—Después que desapareció vuestro padre y vos os ausentásteis, vistió el sayal de solitario, pero siempre conservó su afecto á vuestra casa. Supo luego que el Duque estaba en las cárceles de Fort l' Eveque...

GABR.—¡Donde murió!

SOLD.—Pues Enguerrando afirma que vive.

GABR.—¿Vive mi padre?

SOLD.—En aquella torre habita un personaje misterioso y todo el mundo huye de él porque cree que es un fantasma.

GABR.—¡Es la sombra de mi padre!

SOLD.—Eso dicen todos, pero Enguerrando sostiene...

GABR.—¿Qué?

SOLD.—Que él salvó de la cárcel á vuestro padre.

GABR.—¡Enguerrando!.. ¿Has dicho que viste de monje..?

SOLD.—Sí.

GABR.—(Tal vez fué él. El carcelero me habló de un monje... Pero ¿por qué se esconde?.. Aquí hay misterio...) Deja, quiero ver. *(va hacia la torre).*

SOLD.—¿Queréis entrar allá?

GABR.—Sí, lo quiero.

SOLD.—¡Ah! no. *(Impidiéndole el paso).*

GABR.—Lo quiero.

SOLD.—Y si no fuera verdad...

GABR.—¿No lo ha dicho Enguerrando?

SOLD.—Sí, pero...

GABR —Enguerrando no miente... Aparta.

SOLD.—Ya que lo queréis... Pero esperad... Parece que la puerta de la torre se abre.

GABR.—Tú cambias de color ¿qué tienes?

SOLD.—Es él, es él. *(Dios mío, el fantasma).*

GABR.—Anda, retírate.

SOLD.—Sí, voy. Tened prudencia. *(vase).*

ESCENA VII

DICHO, luego el DUQUE

¡Pobre padre mío! Es él, le conozco! pero ¡cuán cambiado está! ¡Qué horror se apodera de mí..! ¿Y si fuera un espectro como dice Ubaldo?.. ¡Ah! no tengo valor para arrostrar la triste realidad! *(se oculta).*

DUQ.—Aquí, en este lugar me dijo Montmorency que Gabriel vivía, y si vive, me busca y me encontrará.

GABR.—(¡Sí, en la tumba!).

DUQ.—¡Oh, Gabriel, hijo mío! único amor de un padre abandonado, antes que tú llegues yo quizá ya habré muerto.

GABR.—(¿Vivirá de veras?)

DUQ.—Dios Santo, escuchad la plegaria de un desdichado. Sólo una gracia os pide, ver á

Gabriel y morir.

Gabr.—(Sí, vive).

Duq.—Oh, sí, Vos me habéis escuchado, Dios mío. Siento una paz incomprensible, una tranquilidad que hace largo tiempo no experimentaba mi alma.

Gabr.--(No puedo más).

Duq.—Gabriel, ven á mis brazos.

Gabr.—¡Padre mío!..

Duq.—¿Gabriel? tú... *(se desmaya)*.

Gabr.—Le he matado... ¡ah! *(desesperado)*.

Duq.—Ga...bri...el.

Gabr.—¡Padre!

Duq.--¿Ga...bri...el, dónde estás?

Gabr.--Aquí, á tu lado, padre mío.

Dûq.—¡Oh, hijo mío!

Gabr.—¡Padre! *(se abrazan)*.

Duq.—¡Cuánto... he sufrido!

Gabr.— Lo creo... Pero levántate.

Duq.--La alegría de verte... tu llegada repentina... quitaron las fuerzas... á este pobre viejo...

Gabr.—¡Padre! ¿Qué prodigio del cielo te ha conservado la vida?

Duq.—Los cuidados de Enguerrando, mi antiguo escudero. El me libró de la prisión.

Gabr.—¿Y no fueron los satélites de Montmorency para matarte?

Duq.—No, hijo mío. Enguerrando, con otros leales me salvó de la cárcel.

Gabr.—Ahora entiendo. Luego Montmorency no fué...

Duq.—El malvado quería que yo muriese, y me anunció tu muerte para que el dolor acabara conmigo más pronto.

Gabr.—¡Infame! ¡Vil traidor!

Duq.—Calla. *(Mirando alrededor)*.

Gabr.—¿Y tú por qué te escondes, por qué no te muestras á tus fieles? A muchos oí llorar tú pérdida.

Duq.—Aun no estamos seguros para presentarnos en público.

Gabr.—¿Y quién lo impide?

Duq.—La presencia de nuestro cruel enemigo.

Gabr.—¿Montmorency está aquí? ¡Ah, criminal! malvado, forjador de engaños, finalmente te encuentro, y mi juramento será cumplido.

Duq.—Detente, no comprometas el éxito de la empresa con tu juvenil furor. Enguerrando lo tiene todo dispuesto. Ha visto al Rey y le habló en mi favor; yo también le he visto y me concedió la gracia.

Gabr.—A mí me la había prometido; pero Montmorency procuraba impedir su efecto.

Duq.—Pero Dios no permitió que venciera.

Gabr.—Calla...

DUQ.—¿Qué hay?..
GABR.—Parecióme oír ruído de armas.
DUQ.—Yo no he notado nada.
GABR.—Sin embargo... escucha.
DUQ.—¿Que será?
GABR.—Acaso Montmorency...
DUQ.—Ya se acercan... ven, pronto lo sabremos.

ESCENA VIII

ENGUERRANDO y CONJURADOS armados

ENG.—Adelante, valientes. Dios nos entrega al enemigo de nuestros señores, pero no le matéis: no hay entre vosotros espada tan vil que merezca tal deshonra: Prendedle, arrestadle y reservadle al juicio del Rey.

Entretanto, ocultaos en estas habitaciones para no despertar sospechas, pero á la señal convenida corred á rodear al Duque para que no vayamos á perderle al punto de recobrarlo todo. ¿Habéis entendido?

CONJ. (*En voz baja*)—Sí.

ENG.—¿Juráis nuevamente librar al Duque de la opresión del tirano?

CONJ. (*c. a.*)—Juramos.

ENG.—Idos pues. (*vanse los conjurados por ambos lados*) Señor, protegednos y haced que el malvado caiga para no volver á levantarse.

ESCENA IX

Gabriel, Duque y dicho

Gabr.—¡Enguerrando!

Eng.—¡Oh, qué veo! Gabriel, Dios te manda á vengar sus ofensas y las vuestras; usa con moderación de la victoria y no le quites al Vizconde la vergüenza de ser un vil.

Duq.—¿Y esos armados que te rodeaban?

Eng.—Vienen para defenderos. Yo vine á aconsejar al Vizconde y él me hizo aprisionar, pero entre los soldados conocí á alguno de los nuestros y ellos, á una sóla señal os juraron fidelidad. *(Tocan las campanas á arrebato)*

Duq.—
Gab.— } ¿Qué es esto?

Eng.—Es la hora de la venganza.

Gabr.—Vamos, pues. (*Desenvaina la espada y se dirige hacia la puerta*).

Eng.—Aguarda un momento.

Gabr.—No, vamos. *(por salir)*.

ESCENA X

Montmorency, Soldados y dichos, luego Conjurados

Vizc.—¿Qué es lo que veo?

Gabr.—Ves á tus víctimas que vienen á pedirte cuenta de tus traiciones, criminal. Me ves á

mí, que he jurado matarte, y ahora cumplo mi juramento. Defiéndete.

VIZC.—Ea valientes, desarmadle.

ENG.—Amigos, entrad.

CONJ.—¡Dios y Montgomery!

VIZC.—Ea, luchemos, pues.

VOCES DE AFUERA.—¡Viva Montgomery! ¡Muera Montmorency!

ESCENA ULTIMA

REY y dichos

REY.—Deteneós, deponed las armas. (*todos bajan las armas*). Yo estaba cazando por estos alrededores, cuando oí el tañido de la campana y pensé que Jaime de Montgomery vengando sus ofensas y las mías de este vil...

VIZC.—Majestad...

REY.—Calla. Soldados, el Rey os lo impone, desarmadle... (*lo hacen*). ¿Pero qué veo? Tú aquí, valiente Lorges?

GABR.—A tiempo llegaba para tomar parte en la venganza y dar cumplimiento á la gracia que Vuestra Majestad me había concedido.

REY.—Otras mayores te concederé aún. Por ahora al frente de los ejércitos franceses levantarás el prestigio de nuestras armas que éste ha echado por el suelo.

GABR.—Yo no sé hablar, Majestad, y por esto os lo agradeceré no bien me sea dado medirme con los enemigos de la religión, de la patria y del Rey.

REY.—Vos, Duque Jaime de Montgomery, en quien ha podido más el afecto hacia vuestro Rey que el amor á la libertad y á la vida, de hoy más seréis mi amigo y consejero.

DUQ.—Gracias, Majestad. Sí, oh señor, si en las desgracias os conservé mi fidelidad, poco me costará conservárosla en la dicha y en la dicha que de Vos me viene.

REY.—Y, tú traidor de la patria y del Rey, serás encerrado en los subterráneos de Fort l'Eveque, donde querías que muriera Jaime de Montgomery, pero no tendrás como él, quien se tome interés por romper tus bien merecidas cadenas.

VIZC.—¡Justo juicio de Dios!

ENG.—No en vano dijo El: «Derribé al prepotente de su trono, y coloqué en él al oprimido».

TELÓN

A. M. D. G.

BAÑO INESPERADO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

José Bordas F., S. S.



SARRIA — BARCELONA

ESCUELA PROFESIONAL DE ARTE TIPOGRÁFICO

1912

A mis primos

Leoncio y Petra

El Traductor.

PERSONAJES

POLICARPO.

ENRIQUE, *hijo de Policarpo.*

MAURICIO, *sobrino de* „

LÀZARO, *criado de* „

ACTO ÚNICO

La escena representa la cocina de una casa de mediana posición; con un armario, pozo practicable, puertas laterales y la de entrada en el fondo. Una mesa con recado de escribir. Sillas.

ESCENA PRIMERA

LÁZARO y después POLICARPO y ENRIQUE

LAZ. *(Apoyado en la mesa duerme y sueña en voz alta.)*—Bravo, Orlando, bravo, dale a ese traidor... mátalo... muere, pedazo de alcornoque, y que te lleve pateta. *(Llaman a la puerta y se despierta asustado).* ¿Quién llama? ¿quién llama?

POL. *(Desde dentro)*—Somos nosotros, abre.

LAZ.—¡Oh! ¡Los dueños que vuelven del teatro; y yo que soñaba estar en el Real presenciando la famosa derrota de Roncesvalles! ¡Me han despertado en el momento más culminante, cuando el traidor estaba a punto de recibir su merecido! Voy a abrir. *(Abre).*

POL. *(Entra con Enrique).*—¿Hacía falta tanto tiempo para abrir? Nosotros tiritando de frío ahí fuera y tú...

LAZ.—Usted dispense, mi amo, es que estaba durmiendo.

POL. *(Irónico.)*—Perdone, señor. *(Enfadado.)* De modo que yo le pago a Vd. el salario para que duerma.

LAZ.—¡Vaya un salario 20 pts. al mes!

POL.—En mi pueblo con 20 pts. se tienen cuatro criados.

LAZ.—Pero aquí en Madrid se necesitan 50 para tener medio.

POL.—Pues si Vd. no está contento, aquella es la puerta y muy buenas noches.

LAZ.—¿Aun no hace ocho días que estoy a su servicio y ya me quiere despedir?

ENR.—Vamos, querido padre, no se enfade Vd.; al fin y al cabo ¿qué mal ha hecho Lázaro? Dormir, mientras nosotros nos divertíamos.

POL.—Bonita diversión. Un drama que hacía horrorizar.

LAZ.—Sí, ¿qué han representado?

ENR.—Un precioso drama en 7 actos titulado INCENDIO DE MOSCA.

LAZ.—¿De veras? ¡oh qué gusto! es un animal que yo no puedo sufrir.

POL.—Y tú eres un animal cien veces más insoportable. Vete a preparar la cena.

LAZ.—Voy *(ap.)* El incendio de la mosca, le ha puesto de mal humor *(Se va)*.

ENR.—¡Pobre Lázaro, maltratarlo de esa manera!.. Vos sois muy bueno, padre mío, pero algunas veces...

POL.—Si siempre me hace incomodar. Decirme que 20 pts. es poco; vaya un descaro.

ENR.—Lo dijo en broma. Pero decidme, querido padre, ¿no os ha gustado el drama de esta noche?

POL.—Nada; absolutamente nada. ¡Vaya una manera de divertir a las personas que pagan el dinero! ¡Hacer morir 4 personajes abrasados, 3 a puñaladas y otro envenenado! ¡Lástima que no hicieran morir también al autor!

ENR.—Pues yo me he divertido muchísimo.

POL.—Lo creo, ya sé que tu diversión favorita es asistir a esas representaciones trágicas. ¡Bonita diversión! Ver unos cuantos hombres declamando trozos de poesía, soltando mil disparates e improperios, chillando como energúmenos... y un gran número de imbéciles que aplauden, que se entusiasman por nada..... y pensar que entre estos imbéciles te encuentras tú... que eres el hijo único de D. Policarpo... ¿No te espanta el mal camino que sigue tu primo, mi desgraciado sobrino?

ENR.—¿Por qué le llama V. desgraciado?

POL.—¡Oh! ¿Y preguntas el por qué? ¿Te parece

poco, abandonar la carrera que estudiaba y que le ofrecía un espléndido porvenir, para dedicarse al teatro; morirse de hambre cuando podía crearse una posición cómoda y desahogada? ¿Y eso te parece nada?

ENR.—¿Pero quién nos asegura que se ha de morir de hambre? Mauricio estaba sublime, cuando recitaba los versos de Calderón de la Barca y de otros autores; él sentía arder en sus venas el fuego del arte, y hoy sin duda debe ser uno de los primeros actores de Madrid.

POL.—¿De modo que apruebas aún la conducta de Mauricio? Basta, basta, no quiero oir hablar más de él; de otra suerte... *(Enrique quiere replicar.)* Basta, he dicho. Ha hecho bien en marcharse de aquí, sino yo le hubiera despedido a cajas destempladas.

ENR.—Pero, papá, no se incomode Vd.....

POL.—Me incomodo, sí, me enfado cuando oigo hablar de ese desgraciado sobrino, y tú parece que siempre lo estás nombrando expresamente.

ESCENA II

LÁZARO y dichos

LAZ.—Señor, la cena ya está preparada.

POL.—Ya era hora. Recuérdalo bien; no me lo vuelvas a nombrar, sino quieres que me ponga hecho una bestia. *(Se va).*

LAZ. *(Ap.)*—No puede ponerse de otra manera. *(Alto)* Señorito Enrique, ¿a quién no quiere su papá que le nombre?

ENR.—A mi primo.

LAZ.—¿Qué primo? ¿aquel que cultiva el arte dramático?

ENR.—Sí, dice que sería mejor que se dedicara a cultivar patatas.

LAZ.—¡Vaya una ocurrencia!

ENR.—No te extrañe, ya sabes que mi padre es enemigo acérrimo del teatro.

LAZ.—¡Vaya, vaya! se ve que su papá no sabe lo que es bueno. Yo apenas tengo un momento libre, en seguida me voy derecho al teatro. ¡Cómo disfruto viendo declamar! ¡quien me diera a mí poder declamar como aquellos cómicos!

ENR.—Cuando yo disfruto más es cuando el escenario queda lleno de cadáveres.

POL. *(Desde dentro.)*— ¡Enrique, Enrique!

ENR.—Vámonos corriendo, Lázaro, de lo contrario papá se enfadará. *(Se van).*

ESCENA III

Mauricio solo por la puerta del fondo

Maur.—¡La puerta abierta! ¡Qué fortuna! Pero... ¿qué haré... entro o me quedo aquí en la frontera? *(Declamando.) Audaces fortuna juvat timidosque repellit,* dice Virgilio... Por lo tanto entremos sin reparo en casa de mi indignado tío. ¿Quién sabe si se habrá movido a piedad y querrá volver a abrazarme y a llamarme con el dulce calificativo de querido sobrino? He venido inmediatamente después de la representación para ver si aun lo encontraba levantado; y la fortuna me ha favorecido presentándome la puerta abierta. ¡Buen augurio! En último caso diré a mi primo que me ayude a ver si entre los dos logramos algo. Le he mandado una carta preguntándole si mi tío está dispuesto a hacer las paces conmigo, pero no se ha dignado contestarme. Lo que verdaderamente me apura es el pensar que esta misma noche ha de quedar todo resuelto, pues si mi tío me perdona, podré suplicarle que abra su bolsillo en mi favor y pague a mis acreedores, de lo contrario es necesario que mañana, apenas apunte el alba, me marche hacia nuevos

confines, pues la diligencia para mi pueblo sólo sale cada ocho días y... con sólo diez céntimos en el bolsillo... tener que pasar ocho días..... Es imposible; al tercer día me muero de hambre. *(Se oyen pasos.)* ¡Oh, Dios mío! se oyen pasos; viene gente, no quiero que me encuentren aquí así tan de repente, es necesario prevenirlos, ¿y dónde me escondo? ¡Ah, un armario! Aquí me meto como Jonás en el buche de la ballena. *(Entra en el armario).*

ESCENA IV

ENRIQUE, LÁZARO y dicho

LAZ.—Verdaderamente resulta ridículo vuestro padre con sus miedos.

ENR.—No lo creas ¿y sabes por qué toma tantas precauciones?

LAZ.—¿Por qué?

ENR.—Escucha pues: hará unos tres años que en una de esas frías noches de enero, a eso de la una, mi padre y yo oimos un ruído extraño dentro de casa ¿Sabes lo que era?

LAZ.—El gato que correría tras de algún ratón.

ENR.—Nada de eso. Eran ladrones.

LAZ.—¿Pero por dónde habían entrado?

ENR.—Por la puerta, que el zángano del criado había dejado abierta.

LAZ.—Yo, señorito, tengo poco miedo, a los ladrones porque al fin y al cabo son hombres como nosotros;¿sabe V. a quién temo de veras?

ENR.—¿A quién?

MAUR. *(Abre un poco el armario y se asoma.)* —¿Te marcharás de una vez, estúpido criado?

LAZ.—A los espíritus.

ENR.—¡Qué tonto eres! ¿Y tú crees en los espíritus?

LAZ.—Por fuerza. Hará cosa de unos tres años que me encontraba sirviendo en casa del señor Alcalde de mi pueblo juntamente con otro joven que había en calidad de cocinero. Eramos muy aficionados al juego y mi buena suerte quiso que un día le ganara 30 reales; figuraos mi alegría.

MAUR. *(Como antes.)*—Así te dieran morcilla y te marcharas de una vez.

LAZ.—Pero he aquí, que una noche en que yo dormía a pierna suelta, y roncaba como un lirón, me despertó un ruído como de cadenas abro los ojos y veo al pie de mi cama, una sombra blanca, blanca; larga, larga; seca,

seca, que con una voz sepulcral me dijo: Lázaro, o restituyes los 30 reales a Pepe, así se llamaba el cocinero, o ¡ay de tí! ¡todas las noches vendré a despertarte!.. Figuraos el miedo que se apodería de mí. Apenas me levanté restituí los 30 reales a Pepe, y lo creerá V. no lo volví a ver jamás.

ENR.—¡Natural, como ya había recibido su dinero! No comprendes que el espíritu era el mismo cocinero.

MAUR. *(Como antes.)*—¡Qué listo es mi primo!

LAZ.—¿Pero quiere usted decir que el espíritu era Pepe? ¡Si lo hubiera sabido! Pero aquello ya pasó; no pensemos más en ello.

ENR.—Cierra, pues, la puerta y lleva la llave a mi padre. (*Ap*). Ahora mientras mi padre duerme, contestaré a la carta de Mauricio, diciéndole que mi padre continúa muy incomodado con él.

LAZ. *(Después de cerrar la puerta y guardarse la llave.)*—Ahora que me acuerdo, señorito, aun no me ha dicho si su padre ha perdonado a su primo Mauricio.

ENR.—Todo ha sido inútil, Lázaro, mi padre tiene un corazón más duro que el bronce, hace poco me ha dicho que si supiera que mi

primo quería volver era capaz de hacerlo prender.

LAZ.—¡Caspita! ¿Es posible?

ENR.—No te quepa la menor duda. Ahora vayamos a etregarle la llave, que ya estará impaciente. *(Se va).*

LAZ.—Vamos. *(idem).*

MAUR. *(Saliendo del armario)*—¡Ahora sí que he caído en la ratonera! Si mi tío tiene la llave de la puerta debajo de la almohada, ¿cómo me las compondré para salir de aquí? De lo que Enrique dijo a su criado deduzco que no es posible esperar nada bueno de mi tío... La diligencia para mi pueblo sale una hora antes de amanecer, y quién sabe a que hora podré salir de aquí. ¿Y cómo me las compongo? Si se me escapa la diligencia tendré que esperarme ocho días más, y ¡vivir ocho días con sólo 10 centimos! Me parece que voy a morir de hambre como un maestro de escuela. ¡Oh! ya vuelve aquel imbécil de criado. Al armario de nuevo y veremos en que parará este lío. *(Se esconde).*

ESCENA V

LÁZARO y MAURICIO

LAZ. *(Dejando la luz sobre la mesa.)*—Ya se han ido todos a dormir. Antes de acostarme, tengo que escribir los gastos del día... (*Se sienta y escribe*): Huevos 13... céntimos... pongamos 16 y serán números pares. Manteca... 10 céntimos se ponen 15 y se acaba antes... Carne 40 céntimos, pst... por precaución pondrémos 50... Pescado... lo he pagado a 50 céntimos la libra, pero como ya le he dicho al amo que a causa del temporal, el pescado había subido de precio... para no quedar mal lo pondremos a 75 y como compré dos libras 75 y 75 son...

MAUR. (*Abriendo el armario*) 150 (*Cierra rápido.*)

LAZ.—¡Misericordia! (*Se levanta*) ¿Quién hay aquí? *(Registra con la luz.)* No veo a nadie. Sin embargo, yo he oído una voz que bien claro lo ha dicho: ¡150! ¿habrán sido los espíritus? ¡pero me pareció que la voz salía del armario! Ahora que me acuerdo hoy he cerrado al gato dentro de ese armario vacío para que no se comiese un chorizo extremeño que me regalaron, pues le gusta mucho... y habrá maullado

y yo me he figurado que oía 150. Sí, sí: no puede ser otra cosa... pero me pagará el susto que me ha dado... Los espíritus no serán... fuera miedo, abramos. (*Abre el armario y al ver a Mauricio que le hace señal de callar, espantado grita*): ¡Un fantasma! ¡un fantasma! (*Se tapa la cara*).

MAUR.—¿Fantasma yo? Espérate un momento; te doy permiso para tocarme...

LAZ.—Pero esta voz no parece de un fantasma.

MAUR.—Y vuelta con el fantasma. Yo me llamo Mauricio.

LAZ.—¿Pero vos sois un hombre?

MAUR.—¿No lo ves?

LAZ.—Y yo que me creía, pero en fín ¿quién sois?

MAUR.—¿Quién soy yo? No desees saberlo, pues soy un desgraciado, un desesperado.

LAZ.—Un desgraciado, un desesperado... ¡tate! ¡tate! Pero ¿por dónde habéis entrado? ¿por el ojo de la cerradura?

MAUR.—Es cierto que estoy delgado pero no tanto como para poder pasar por el ojo de la cerradura. Entré por la puerta antes de que la cerrases.

LAZ.—¿Pero se puede saber qué desea usted?

MAUR.—Decir cuatro palabras al hijo de tu amo... nada más que cuatro.

LAZ.—El señorito está durmiendo ya...

MAUR.—Bueno, se le despierta.

LAZ.—Pero sería preciso que yo supiese quien sois.

MAUR.—Dile que le espera Mauricio.

LAZ.—¡Mauricio! ¡Su primo! ¿Aquel que el amo odia tanto?

MAUR.—Sí, sí, pero date prisa.

LAZ.—Voy en seguida.

MAUR.—¡Finalmente podré hablar con Enrique! Menos mal, tal vez entre los dos encontremos el modo de salir de esta cárcel... Pero, a decir verdad, siento un no sé qué en todo el cuerpo... parece así... como si tuviera miedo... si ese imbécil de criado en vez de llamar a Enrique llamase a mi tío... ¡Mi situación es comprometida de veras! Si en vez de salir de esta improvisada cárcel, tuviese que morir bajo el bastón de mi airado tío... y cargado de deudas... a la temprana edad de 28 años... ¡Oh! Dios mío, morir tan joven... yo que he gozado tanto... morir con tantas deudas... y sin ser llorado por nadie. ¡Córcholis! las piernas me tiemblan de puro miedo... mi cabeza gira como un molino de viento...

ESCENA VI

LÁZARO, ENRIQUE y dicho

LÁZ.—¡Señor!

MAUR. *(Asustado.)*—¡Ah!

ENR.—¡Primo!

MAUR.—¡Enrique mío! dispénsame si vengo a molestarte en hora tan intempestiva. He venido a buscar la contestación a mi carta, a la carta que te mandé el otro día.

ENR.—Podías haberme avisado que vendrías a esta hora pues si mi padre se despertara y te encontrase aquí; ¡pobres de nosotros!

MAUR. *(Declama.)*—¡Tío sin entrañas, duerme en paz!

ENR.—Tú no puedes figurarte lo disgustado que está contigo. Esta misma noche he tratado de decirle alguna palabra en tu favor, pero ni siquiera me ha dejado terminar.

MAUR.—¡Ah, desapiadado tío!

ENR.—¡Mauricio!

MAUR.—Dispénsame, Enrique, lo he dicho en broma. Pero mientras tanto ¿qué hacemos? Puesto que mi tío no me quiere recibir de nuevo en su casa, no tengo más remedio que marcharme en seguida.

ENR.—¿Y por qué?

MAUR.—¿No sabes que estoy cargado de deudas? ¿Que si me detengo por más tiempo en Madrid me secuestrarán la miserable paga que cobro por mis trabajos? ¿Y de qué viviré entonces? *(cómicamente):*

Andaré errante y llorón
sumido en dolor profundo
rodando por este mundo
sin socorro en mi aflicción.

LÁZ. *(Riendo.)*—¡Bravo, qué gracioso!

MAUR. *(Enfadado.)*—¡No hablaba contigo friegaplatos! *(Se oye tocar una campanilla.)*

LÁZ.—¡Misericordia! ¡Se ha despertado el amo!

ENR.—¡Pobres de nosotros si viene!

LÁZ.—No tenga miedo, señorito, corre por mi cuenta entretenerlo. *(Se va.)*

ENR.—¡Qué imprudencia! ¡has hablado tan alto!

MAUR.—Perdóname, Enrique... pero ese imbécil de criado me ha hecho perder la paciencia.

ESCENA VII

LÁZARO Y DICHOS

LÁZ. *(Desde dentro.)* - Si he sido yo el que ha gritado, no tenga Vd. miedo... duerma tranquilo... *(sale)* Le he persuadido, gracias a mi *gran cale-*

tre. Ahora, señor Mauricio, es necesario que os marchéis.

ENR.—Sí, sí, vete antes que mi padre llegue a sospechar...

NAUR.—Sí, me voy, *(vuelto hacia el cuarto de su tío):*

Tío ingrato, cruel sin piedad
de mi muerte la causa segura
Será no lo dudo
Tu infame maldad.

ENR.—Por caridad, Mauricio, no cometas ninguna imprudencia.

MAUR.—Adiós, querido primo, recibirás a menudo noticias mías. *(Se dan un abrazo y al marchar encuentran la puerta cerrada.)* ¡oh, la puerta cerrada!

LÁZ.—Cáspita no me acordaba.

ENR.—¡Oh, cielos y ¿qué hacemos?

MAUR.—¿No hay modo de coger la llave que tiene mi tío bajo la almohada?

ENR.—¡Ca! imposible!

MAUR.—¿Cómo encontrar un medio para salir?

ENR.—Yo no sé.

LÁZ.—Marcháos por donde habéis entrado.

MAUR.—Entré por la puerta, que estaba abierta.

LÁZ.—¡Demonchis! y que pronto os apuráis; otro a estas horas ya estaría en la calle.

MAUR.—¿Saltando por la ventana?

LÁZ.—Eso es.

MAUR.—Yo soy un artista dramático y no de circo.

ENR.—¡Por Dios! y ¿cómo nos arreglaremos? Es necesario resolver y pronto.

MAUR.—Sí, sí, resolvamos.

LÀZ.—Una idea. Nosotros nos vamos a dormir y Vd. se vuelve al armario hasta mañana, y cuando el amo abra la puerta ya procuraré yo que pueda salir sin ser visto.

MAUR.—¡Mañana! ¡imposible! La diligencia para mi pueblo sale dos horas antes de amanecer.

LÁZ.—Marchad otro día.

MAUR.-Imposible, no hay diligencia más que cada ocho días.

ENR.—Pero si no puedes salir antes, es inútil desesperarse.

MAUR.—Pero yo quiero partir. No puedo pasar ocho días con sólo diez céntimos.

LÁZ.—¡Se me ocurre una idea!

MAUR.—¿Cuál es?

LÀZ.—*(Señala al pozo).*

MAUR.—¿Quieres que me tire al pozo?

LÁZ.—No digais tonterias. ¿Sois decidido y valiente?

MAUR.—Como un león, básteos saber que he tenido 34 duelos y que todos han terminado con una opípara comilona.

LÁZ.—¿Tenéis valor para bajar a este pozo?

MAUR.—¿Para qué?

ENR.—Sí, Lázaro tiene razón; este pozo tiene poca profundidad y un metro antes de llegar al agua hay una ventanilla que da al jardín, saltas, y atravesando el jardín estás en la calle.

LÁZ.—¿Qué dice? ¿no le parece un buen plan?

MAUR.—¡Hermoso, magnífico! Pero ¿y si mientras bajo, la cuerda se rompe? Entonces, adiós Mauricio, tomo el último baño.

LÁZ.—No hay peligro; la cuerda es nueva y vos no pesáis tanto, que digamos.

MAUR.—¿Pero quién aguantará la cuerda?

LÁZ.—Nosotros; yo solo bastaría; pero para mayor seguridad la sujetaremos entre los dos.

MAUR.—No me fío mucho de vuestros brazos.

LÁZ.—Es el único camino para poder salir.

MAUR.—¡Maldición! Sí, bajaré al pozo; pero si por desgracia doy con las narices en el agua... ¿vosotros pediríais auxilio?

LAZ.—Pierda Vd. cuidado; en menos de media hora lo sacamos.

MAUR.—¿Media hora? Vete al cuerno. ¡Si bastan cinco minutos para ahogarse un hombre!

LAZ.—¡Cuánto miedo! decídase ¿quiere o no quiere?

MAUR.—Sí, vamos. Adiós, Enrique mío, adiós. *(Se*

abrazan.) ¡Quiera el cielo que no sea éste nuestro último abrazo! Y tú, tío sin entrañas, sábete que por tu causa he entrado por la puerta y salgo por el pozo como un ratón. Acuérdate, si yo llegase a morir en esta aventura, tú serías la causa de mi muerte y si éste fuera mi último baño...

LAZ.—Déjese de tonterías y en marcha.

MAUR.—Acuérdate, que mientras mi estómago se llena de agua fría y sucia, el Arte cómico, ese Arte que tú no puedes ver ni pintado, reanimará todo mi ser... Y vosotros acordaos... de aguantar fuerte la cuerda.

ENR.—Date prisa, no perdamos tiempo. La cuerda está preparada.

MAUR.—Sí, vamos; me sacrifico, me lanzo. *(Se ata la cuerda y entra en el pozo).* ¡Adiós por última vez. *(Desaparece).*

ENR.—Adiós, Mauricio.

LAZ.—¡Gracias a Dios! Vaya con cuidado no se rompa la crisma contra las paredes.

MAUR. *(Dentro.)*—Tened cuidado con la cuerda.

LAZ.—Usted cójase fuerte y no tenga miedo.

ENR.—No tengas miedo.

ESCENA ÚLTIMA

ENRIQUE, LÁZARO, POLICARPO y MAURICIO.

POL. (*Desde dentro*)—¡Lázaro! ¡Lázaro!

LAZ.—Misericordia, el amo.

ENR.—Ahora sí que estamos perdidos.

POL. (*Desde dentro.*)—Lázaro, se me ha apagado la luz.

LAZ.—¿Y qué hacemos? Yo no puedo dejar la cuerda.

ENR.—No, no la dejes porque yo solo no me atrevo.

LAZ.—Ni yo tampoco.

POL. (*c. a.*) Lázaro, ¿te has vuelto sordo?

LAZ.—Espérese un poco que estoy en camisa.

MAUR. (*Desde el pozo*)—¡Eh... id bajando, id bajando, que me canso.

LAZ.—¡Vaya unos apuros! (*Se separan un poco del pozo y van aflojando la cuerda.*)

ENR.—¡Mi padre!

LAZ.—¡Ahora sí que estamos perdidos!

POL. (*En traje de dormir*)—¿Dónde estáis? ¿qué demonios hacéis aquí en el pozo?

ENR.—Nada, padre mío.

LAZ.—Estamos subiendo un cubo de agua. El señorito Enrique tenía sed...

POL.—Y son necesarios dos para subir un cubo de agua ..

LAZ.—Es que pesa demasiado para uno solo.

POL.—¡Pobrecito! Déjame a mí la cuerda y vete a encender la luz de mi cuarto.

LAZ. *(ap.)*—Nada más faltaba eso.

POL.—Dámela. *(Quiere coger la cuerda y los otros se resisten.)* Vaya, dejadme la cuerda. *(Se la quita de un tirón y la cuerda con el peso le arrastra desde el centro donde estaban, hasta el brocal del pozo, y se oye caer a Mauricio en el agua.)* ¡Cuerno, cómo pesa!

ENR. *(ap.)*—¡Pobre Mauricio!

LAZ. *(id)*—¡Eso sí que es un baño inesperado!

POL. *(Tirando de la cuerda)* Por los cuernos de la luna. ¡Este cubo pesa más de 100.000 libras. ¡Ayudadme, ayudadme que no puedo!

LAZ.—Sí, sí, le ayudo. *(Lo hace).*

POL.—Anda, Enrique, ayúdame.

ENR.—Venga... ¡Uuuuuy! ¡Uuuuuy!

POL.—¡Tengo los brazos medio rotos! *(Aparece Mauricio y Policarpo al verlo grita:)* ¡Un hombre: socorro! ¡al ladrón, socorro!

MAUR. *(Salta al escenario, mojado y gritando)* —¡Fuego, fuego, que me muero helado!

POL. *(Conociéndole)*—¡Cómo, mi sobrino!

MAUR.—¡Tío, tío mío!

POL.—¡Cómo! ¿tú en mi casa? ¿Dónde, dónde está el revólver ,que lo mato!

ENR.—¡Papá, por caridad! *(Se arrodilla.)*

LAZ.—¡Por Dios, Señor! (S*e arrodilla.*)

MAUR.— Mirad, tío, con bondad
A este pobre desgraciado
Que de penas agobiado
Implora vuestra piedad.

POL.—¡Qué perdón ni qué ocho cuartos! No te quiero ver más, no te reconozco.

MAUR.—¿No? ¡Adiós pues, tío, querido primo, adiós! ya no nos veremos más. (*Hace ademán de tirarse al pozo.*)

ENR.—
LAZ.— } ¡Ah!

POL.—No... espérate... sobrino mío.

MAUR.—¡Qué! ¿me habéis llamado sobrino? Luego ya no estáis disgustado conmigo. ¡Ah, tío, mi querido tío! (*Le abraza*).

POL.—Sí, te perdono, pero con la condición de que abandones el teatro y estés siempre a mi lado.

MAUR.—Querido tío, cuando uno ha empezado la carrera de las tablas, creedme es difícil dejarla; por lo tanto será mejor que hagamos lo siguiente: yo abandonaré el teatro pero en cambio haremos uno aquí, en casa...

Enr.—¡Oh! ¡bravo, sí! ¡sí!

Maur.—En el cual declamaré yo, Enrique...

Laz.—¿Y yo?

Maur.—Sí, los papeles de imbécil los harás tú; y más, querido tío, declamará también usted.

Pol.—¡Qué! ¿Yo declamar? tú te burlas. . si yo no sé, si nunca lo he hecho... Los expectadores me silbarían...

Maur.—Esté Vd. seguro que esto no sucederá, porque nuestro público es tan bondadoso y cortés, que sabrá disimular cualquier disparate, como se lo demostrará con los aplausos que le va a tributar.

Pol.—¡Oh! sí, sí, ¡qué bien, y tú serás mi querido sobrino! *(Se abrazan)*.

FIN

28. **Una venganza de Atila**.-Drama en 4 actos, con prólogo. Personajes 18.
29. **Juliano el Apóstata**.—Drama en 5 actos. Personajes 8.
30. **Una esperanza, ó sea el pasado y el porvenir de la Patagonia**. —Drama en 5 actos, por el Presbítero D. Juan B. Lemoyne. Personajes 7.
31. **Al toque del Avemaría**.—Drama en 5 actos. Personajes 13.
32. **El que la hace la paga, ó ratones en trampa**.—Pieza cómica. Personajes 10.
33. **El miedo ridículo**.—Pieza cómica. Personajes 4.
34. **Nicanor**.—Tragedia en 5 actos y en verso, del P. Atanasio Canata. Personajes 11.
35. **¡Ayer... mañana!!!**—Drama en 4 actos y un cuadro por el Doctor D. F. Fenoglio. Personajes 8.
36. **Tomás Moro**.—Drama en 5 actos. Personajes 8.
37. **El Escritorio**.—Comedia en 3 actos. Personajes 10.
38. **La Victoria de S. Luis Gonzaga**.—Drama en 3 actos. Personajes 12.
39. **Sindo el Tonto**.—Juguete cómico. Personajes 4.
40. **Los dos saboyanitos**.—Comedia en 3 actos. Personajes 8.
41. **El Triunfo de la inocencia**.—Drama en 5 actos. Personajes 10.
42. **En Israel**.—Escenas dramáticas en 3 actos. Personajes 21. (La Música de los cantos de este drama se vende á ptas. 1'25).
43. **El Pavo**.—Comedia en 2 actos. Personajes 8.
44. **Los dos sargentos**.—Drama en 4 actos. Personajes 12.
45. **Aventuras de un marinero**.—Drama en 6 actos. Personajes 13.
46. **Los tres Mártires de Cesarea**.—Drama histórico del siglo III, en 3 actos. Personajes 11.
47. **La Reconquista de Carmona**.—Drama en 5 actos y en verso, por D. G. Alsina, S. S. Personajes 12.
48. **El Valle del torrente**.—Drama en 4 actos. Personajes 8.
49. **El soldado de San Marcial**.—Melodrama en 4 actos. Personajes 16.
50. **Luzbel**.—Cuadro en 3 escenas, por A. Bertón, traducido en verso castellano, por B. M. V. Personajes 3.
51. **Diocleciano**.—Drama en 2 actos y en verso, por D. Pedro Gómez Castillejo, Pbro. Personajes 6.
52. **San Eustaquio, ó la familia de los mártires**.—Tragedia en 5. actos y en verso, del Ilmo. Sr. F. Allegro. Personajes 8.
53. **Trabajo y honradez**.—Drama en 3 actos. Personajes 12.
54. **Los caracteres opuestos, ó sea Orlando el Furioso**.—Pieza cómica Personajes 3.
55. **El artículo 255**.—Pieza cómica. Personajes 6.
56. **El llanto de un ángel**.—Fantasía en 1 acto y en verso por Baldomero M. V., S. S. Personajes 4.
57. **Los dos huérfanos, ó María madre de los desamparados**.—Drama en 4 actos. Personajes 12.
58. **El cuarto mandamiento**.—Drama en 1 acto, por Martín Scheroff y Avi. Personajes 5.
59. **La Herencia de un hijo ingrato**.—Comedia en 5 actos, por D. Juan B. Lemoyne. Personajes 9.
60. **En el Gólgota**.—Drama religioso en 1 acto. Personajes 8.
61. **Ir por lana**... Comedia en 3 actos por D. Juan B. Lemoyne, Pbro., S. S. Personajes 10.
62. **Una apuesta**.—Comedia en 2 actos. Personajes 9.



63. **Un sobretodo ajeno.**—Pieza cómica. Personajes 7.
64. **El médico á palos.**—Comedia en 3 actos. Personajes 8.
65. **La Vuelta del Veterano.**-Drama en tres actos. Personajes 13.
66. **Un clavo.**—Pieza cómica. Personajes 3.
67. **El vecino del tercero**—Disparate cómico en un acto. Personajes 9.
68. **Lázaro el mudo.**—Drama en 4 actos y prólogo. Personajes 12.
69. **El mejor testigo.**—Drama en 3 actos. Personajes 9.
70. **El Principe Heredero.**—Juguete cómico-lírico en un acto. Pers. 8. La música de esta zarzuela pts 2'50.
71. **Los Dinamiteros.**—Zarzuelita en 1 acto en prosa y verso Pers. 18. La música de esta zarzuela pts 3'50. Libreto 0'25.
72. **Criado de confianza.**—Juguete cómico en 1 acto. Personajes 9.
73. **Per no entendre'l castellá.**—Joguina cómica en un acte, per Josep Bordas. S. S. - Personatjes 7.
74. **El Rey Chico.**—Zarzuelita en un acto en verso. Personajes 7. La música 4 ptas.—Libreto 0'25.
75. **¡¡Valiente Plancha!!** - Zarzuelita en un acto en prosa y verso. Personajes 8. La música 3 ptas.—Libreto 0'25.
76. **El Duque de Montgomery.**—Drama en 4 actos y prólogo. Pers. 11.
77. **Baño inesperado.**—Juguete cómico en 1 acto por J. Bordas. Pers. 5.

EN PRENSA

Boemundo de Altemburgo.—Drama en 4 actos. Personajes 9.
El sonámbulo ó el sueño vengador.—Drama en 3 actos. Personajes 10.

Propios para señoritas

1. **Santa Inés, ó la gloria de la virginidad.**—Drama en 5 actos. Personajes 8.
2. **Navidad.**—Drama en 3 actos. Personajes 5.
3. **Judit.**—Drama en 3 actos. Personajes 7.
4. **Santas Justa y Rufina.**—Drama en 3 actos. Personajes 4.
5. **Al pie de la Santa Cruz.**—Drama en 2 actos y un cuadro, en verso. Personajes 4.
6. **Las dos Marias ó el triunfo de la inocencia.**—Drama en 3 ac[illegible] en verso, por D. Pedro Gómez Castillejo, Pbro. Personajes 6.
7. **Premio de Honor.**—Comedia en 3 actos, por D.ª Antonia Sanr ere y Carrera. Personajes 7.
8. **Flores de Noche Buena.**—Comedia en 1 acto. Personajes 7.
9. **El Tesoro escondido.**—Drama en 3 actos. Personajes 8.
10. **La criada nueva.**—Pieza cómica. Personajes 5.
11. **La Princesa improvisada.**—Pieza cómica. Personajes 6.
12. **Un testamento Original.**—Juguete en 1 acto. Personajes 6.
13. **No hay mal que por bien no venga.**—Comedia en 2 actos. Personajes
14. **La fuga de un ángel.**—Drama en 3 actos. Personajes 7.
15. **Las travesuras de Juana.**—Comedia en 2 actos.
16. **La gran Duquesa.** Comedia en 2 actos.
17. **Guince dias de reinado.**—Drama en 4 actos.
18. **Juana de arco.**—Drama histórico en 4 actos.
19. **Villa-Tula.**—Juguete cómico en 1 acto. Personajes 4.

EN PREPARACIÓN

Faviola.—Drama en 3 actos.

Precios: **Dramas, melodramas, tragedias y comedias Pts. 0'50**
Obras cómicas en un solo acto. » 0'25